

# EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

DIARIO CATÓLICO, APOSTÓLICO, ROMANO.

PRECIOS DE SUSCRICION.—En Madrid: 12 rs. al mes.—En Provincias: 20 rs. al mes y 60 por trimestres en casa de los comisionados, y 10 rs. al mes y 30 por trimestres en la administración.—En el extranjero: 20 rs. trimestre.—En Ultramar: 20 rs. trimestre.—La administración no responde de los sellos que se le remitan en carta sin certificar.

PUNTOS DE SUSCRICION.—Madrid: En la Administración, calle de Silva, núm. 49, entresuelo, y en las librerías de la Publicidad, Olamendi, Lopez, Payll-Bailiere, Cuesta y Lizcano.—Provincias: En los puntos que se anuncian el último día de cada mes.

## PARTE EXTRANJERA.

### TELEGRAMAS.

NURVA-YORK, 15.—El presidente Johnson ha anulado el *emancipator* al congreso chileno, a causa de la violación de las leyes de neutralidad en la cuestión hispano-chilena.

El oro está á 137 y el algodón á 45.

PARIS, 26.—El *Moniteur* dice que, según las últimas noticias de Bucharest, el príncipe Couza se disponía á abandonar el país.

FLORENCIA, 25.—Mordini, en la última sesión, ha combatido al ministerio, rehusándole su voto de confianza.

Iticcoli dijo que, después de las declaraciones del ministerio respecto á la política y administración, le daría su voto de confianza.

BRUSLAS, 25.—El *Eco del Parlamento* anuncia que el conde de Flandes ha salido hoy para Italia.

TRIPOLI (sin fecha).—Las noticias de Siria del 13 anuncian que ningún combale ha tenido lugar en aquel país desde el 28 del actual.

PARIS, 26.—En la elección del departamento de La Marne ha salido elegido el primer candidato del Gobierno.

LONDRES, 26.—El *Morning-Post* dice que el conde de Flandes rehusa el trono de la Rumania para el que ha sido proclamado en Bucharest.

El príncipe Couza está autorizado para salir del país.

PARIS, 26.—En la Bolsa de hoy quedaban: el 3 por 100 interior español, á 00 0/0; el exterior, á 00 0/0; la diferida, á 36 1/4; la amortizable, á 00 0/0; el 3 por 100 francés, á 69-30 y el 4 1/2, á 99-40.

LONDRES, 26.—Los consolidados ingleses quedaban de 87 1/2 á 5/8.

## EL PENSAMIENTO ESPAÑOL

MADRID, 27 DE FEBRERO DE 1866.

Ayer publicó *EL PENSAMIENTO ESPAÑOL* el extracto del discurso pronunciado en el Congreso de los diputados por el Sr. Cláros, el cual verán nuestros lectores en el número de hoy en toda su extensión. Ponderar este nuevo monumento de la fina elocución de este ilustre orador católico, es cosa excusada estando á la vista sus numerosas bellezas, sus no menos numerosas verdades, y los rasgos de ingenio y las alusiones históricas y citas eruditas de que está sembrado. Acaso peque por su extremada excelencia literaria y por su mismo esquisito sabor de ciencia y erudición; porque es de saber que nuestros parlamentarios se pican muy poco de profundidad científica, y tienen acostumbrado y pervertido el gusto con frases convencionales de una elocución enteramente superficial, por lo cual gustan poco de oír razones curiosas ni argumentos tomados del estudio de las ciencias, y menos si se les ofrece bajo la forma técnica de las escuelas. Una de dos: ó lo saben todo y no necesitan lecciones de nadie, ó todo lo ignoran y por lo mismo les empalaga todo lo que buela á disertación filosófica ó erudita. Juzgue cada cual como tenga á bien. Por nuestra parte creemos que el parlamentarismo es enemigo de la verdadera elocución, de la elocución que se alimenta de ideas fecundas, de raciocinios severos, de lecciones históricas, de autoridades y testimonios graves, y que sabe sazonar todas estas cosas con las gracias y agudezas del ingenio, y vestirlas de las pompas del estilo y de la riqueza de nuestra heroica habla castellana.

Por lo volviendo al interesante discurso del Sr. Cláros, hemos de notar y dolernos de que su unidad material se vea rota á cada paso por las interrupciones del señor presidente de la Cámara, la primera de las cuales fué producida á instancias del general O'Donnell, que sin duda interpretó equivocadamente las palabras del orador católico, figurándose ver en ellas una comparación odiosa. Nada más distante del ánimo del Sr. Cláros que semejante ofensa. No creemos, en efecto, que hubiese nada ofensivo al honor del general O'Donnell en la expresión de su deseo, al cual hubiera podido fácilmente acceder el interesado, desmintiendo á la faz de la nación la imputación, sin duda calumniosa, de que había sido objeto. Mas pues el general O'Donnell no creyó necesario rechazar de nuevo la acusación que le recordaba, sin aprobarla, el diputado por Navarra, justo es respetar el menosprecio que hace de tan grave acusación, que carece de pruebas y por consiguiente de todo valor para trocarse en juicio desfavorable. A la verdad nosotros deseamos que los diputados católicos singularmente, se abstuvieran siempre de tocar punto alguno, y mucho menos con relación á las personas, sin tener á la mano hechos y argumentos evidentes con que demostrar con perfecta evidencia. En cuanto al señor presidente del Consejo de ministros, justo es asimismo observar que jamás hay razón para dejarse llevar de los arrebatos de la sensibilidad: los hombres de Estado en particular deben reprimirlos y hacerse superiores á sí mismos. No supo hacer esto el

general O'Donnell, sino irritarse hasta el punto de proferir alguna especie vituperable; lo cual es tanto más extraño en los que profesan la máxima liberal de la absoluta inviolabilidad del diputado. ¿Qué inviolabilidad sería esta si no se pudiera hablar sin exponerse á sufrir dictámenes y amenazas que no están escritas en ninguna ley?

Alguna otra interrupción hubo de sufrir el Sr. Cláros: respetamos las razones que tuviera el Sr. Ríos y Rosas para hacerlas. Amigos, sin embargo, de la verdad, nos parece bien añadir que el señor Presidente del Congreso no se muestre igualmente severo en ocasiones semejantes que pide la más rigurosa actitud de su parte. ¿Se atacan por ventura cosas ó personas ligadas con el organismo político del ministerio? El Sr. Ríos y Rosas se opone y echan en la discusión el peso de su autoridad. ¿Pero sucede lo mismo cuando son acometidas las cosas ó personas sagradas, cuya debilidad material debiera ser á sus ojos un nuevo motivo para ponerlas á salvo resistiendo la agresión injusta? No sucede lo mismo por desgracia. Diga lo si no el discurso del Sr. Figuerola, interrumpido en la parte relativa á ciertas influencias políticas, pero absolutamente inmune en sus odiosos ataques á la potestad temporal del Papa y á la libertad y derecho de los Prelados, acusado de sediciosos por el orador progresista, donde no tenían otra defensa que la palabra del Pr sidente, mudo ante tan sacrílegas ofensas.

Aun el mismo día que se interrumpió al señor Cláros, dejóse correr libremente la palabra del señor ministro de Estado, debiendo haber sido contenida por referirse á un asunto ya determinado por el Congreso, á cual fué la admisión de los diputados por Navarra. Buena debió ser su elección cuando el Parlamento, compuesto de sus adversarios, tuvo á bien aprobarla y recibir á los elegidos en su seno. Lo cual no fué parte para que el Sr. Bermúdez de Castro dejase de tronar contra los medios á que falsamente atribuyó su elección. Y lo peor del caso es, que habiendo querido hablar alguno de los señores aludidos para defenderse contra las gravísimas inculpaciones del ministro, el presidente, que había permitido el ataque, no consintió en la defensa: cosa verdaderamente dolorosa.

En suma, la situación de los diputados católicos en el Congreso tiene contra sí gravísimas dificultades, y acaso por ellas creen algunos que sería mejor dejar á sus adversarios la arena de una lucha en que tienen que llevar la peor parte. Pero esto, en nuestro sentir, no debe desanimarlos. Armense de exquisita prudencia; no profieran una sola idea que no puedan demostrar con perfecta evidencia; respaldada en ellos una mansedumbre mayor que toda injuria, y una fortaleza superior á todo miramiento: combatan el error y el mal hasta el heroísmo, respetando á sus adversarios hasta el último término de la caridad más generosa: en una palabra, sea su divisa el lema de los caballeros cristianos de la Edad media, *mansos como corderos, terribles como leones*; y es seguro, que ó no se suscitará por su causa tempestad alguna, ó si llegase á levantarse contra sus intenciones y sus actos, será una tempestad pasajera y bienhechora, que por un instante podrá oscurecer el horizonte, pero en pos de la cual brillará más clara y serena la luz del día.

Ayer juró y tomó asiento en el Senado el general D. Juan Zapatero y Navas. Después de este acto se entró en el orden del día, continuando el debate pendiente sobre el dictamen de la mayoría de la comisión relativo á la autorización pedida por uno de los juzgados de esta corte para procesar al señor marqués de Oriveo. El motivo del proceso que se intenta seguir, son ciertas palabras que el señor marqués de Oriveo escribió en una nota que entregó hace años al señor ministro de la Gobernación recomendando un asunto de la provincia de Salamanca, palabras que el Sr. Colombo creyó injuriosas á su persona.

Sobre si debía ó no concederse la autorización solicitada, y aun sobre si quien había de juzgar al senador era ó no el Senado, ha versado la discusión en los días últimos, terminándose ayer por medio de la votación por bolas, de la cual resultó aprobado el dictamen de la mayoría de la comisión, ó sea, que debía concederse la autorización solicitada por el juez de primera instancia.

En la sesión del Congreso presentó ayer á primera hora el Sr. Nocedal una exposición de varios vecinos de Pamplona, en Navarra, pidiendo que cesen los vejámenes que pesan sobre la industria de ferretería.

Entróse luego en la discusión del mensaje, pronunciando el Sr. Moreno Nieto, como de la comisión, un discurso con tan maravillosa impetuosa de palabra, que ni el taquígrafo más diestro es capaz de consignar en el papel, ni el auditorio de percibir por completo.

Es lástima que el Sr. Moreno Nieto, de brillantes disposiciones y felicitosas tendencias, las contrarie y malogre empeñándose en un eclecticismo reñido con la verdad y con la lógica.

Contestó en seguida el señor ministro de Estado al inolvidable discurso del Sr. Nocedal, que se hallaba presente. Fuera del rasgo de cortesía de haber aguardado hasta entonces para replicarle, no hay nada que alabar en la peroración del Sr. Bermúdez de Castro, la cual fué una serie de derrotas que le proporcionaban las rápidas réplicas é interrupciones de los diputados católicos.

Si hablaba del Quijote, le advertían estos que equivocaba la cita: si de la *Bula* de Gregorio XVI del 5 de Agosto de 1831, con la cual quiso sorprendernos, el Sr. Nocedal se la enseñaba desde su asiento, haciendo ver al ministro que ni siquiera sabía cómo se llamaba el tal documento; que no era *Bula*, sino *Constitución apostólica*: al leer un trozo de una carta del Emmo. señor Cardenal Arzobispo de Santiago, otro de los *siete* le previno que en lo que omitía estaba la prueba de lo contrario que el señor ministro se proponía demostrar. En suma, estuvo desgraciado por su señoría. Era una especie de cazador, cazado.

Pero debemos agradecerle su discurso porque dió lugar á una brillantísima réplica del Sr. Nocedal, verdaderamente elocuente en el sentido académico de esa palabra que tanto se prodiga y tan mal se aplica.

El nuevo discurso del insigne diputado navarro duró tres cuartos de hora, durante los cuales el Congreso le escuchaba embebecido. Tuvo apóstrofes de primer orden y rasgos de profunda intención de sublimidad y de admirabile ingenio.

No podemos insertar hoy este discurso, tomado del *Diario de las Sesiones*. Nos falta el espacio; lo insertaremos mañana.

También en la sesión de ayer hizo uso de la palabra el Sr. Arrieta Mascarua, diputado por Vizcaya á quien, después de las dos veces que ha tenido que hablar en el Congreso, tenemos vivísimos deseos de oír en una cuestión importante; porque, expresándose como se expresa su señoría con facilidad y elegancia, no debe tener escondida bajo el celemin la luz de su clarísimo talento.

El Sr. Arrieta Mascarua, ya lo saben nuestros lectores, es uno de los ocho.

El juzgado de primera instancia de Buena-vista ha fallado ya la causa seguida contra *La Democracia* á instancia del dignísimo oficial primero del ministerio de Fomento, señor don Aureliano Fernandez Guerra, á quien ha defendido el Sr. Nocedal. El editor del mencionado periódico ha sido declarado reo de injurias graves, y no probadas, contra el funcionario querrelante, y condenado en su consecuencia á veintiseis meses de destierro de esta corte y radio de diez leguas, y multa de doscientos cincuenta duros; á la pena accesoria de suspensión de todo cargo y derecho político durante el tiempo de la condena, y al pago de todas las costas y gastos del juicio.

Tenemos á la vista cartas de Lisboa del 21 y 22 del corriente, que dan algunos pormenores acerca de los debates ocurridos en la Cámara portuguesa, con motivo de la intimación hecha por aquel Gobierno al general Prim para que abandonase el territorio lusitano.

Como nuestros lectores tienen ya noticia de los principales incidentes de dicha discusión, á la cual se refieren casi exclusivamente dichas cartas, nos limitaremos á dar cuenta de aquellos que no contenía la reseña que oportunamente publicamos. En este número se cuenta el animado debate á que dió lugar el discurso pronunciado por el diputado Sr. Pinto Coelho, quien habló del jete del Estado, de la unión ibérica y del reciente viaje de los Reyes de Portugal por España á Italia, y cuyas apreciaciones fueron rechazadas por el Gobierno portugués como rechazó el español las contenidas en el del diputado progresista Sr. Figuerola. Existe, sin embargo, la diferencia notable entre uno y otro caso, que el diputado portugués apoyaba la medida tomada por el Gobierno lusitano contra el general Prim, declarando que el movimiento á cuyo frente se puso el general español, era en sentido ibérico, pero que se ocultaba para llevarlo á cabo con más facilidad.

Tomó parte en dicha cuestión el diputado

señor Luciano de Castro, de la escuela de Castelar portugués, el cual valiéndose de imágenes de mucho brillo enalteció las cualidades personales del soldado español, haciendo un llamamiento á los sentimientos hospitalarios y compasivos para demostrar que no debía privarse al jefe de los emigrados del asilo que había escogido.

El señor ministro de Negocios extranjeros cerró el debate, declarando que el Gobierno había tomado todas las precauciones convenientes para impedir que á la revolución de España se le diese el carácter ibérico que habían hablado algunos diputados.

Prolongase esta discusión el siguiente día 21, siendo aprobada la conducta del Gobierno por 401 votos contra 28, habiéndose presentado las siguientes proposiciones. Una del Sr. Levy, pidiendo al Gobierno que fuese fiel observador de los principios de derecho público internacional, que fué tomada en consideración. Otra del señor Silveira de Matta, encaminada á obtener que el Gobierno pidiese explicaciones al general Prim sobre la publicación de su manifiesto, para permitir, en su vista, la permanencia en Lisboa del jefe de los emigrados; y otra tercera del Sr. Carlos Bento, solicitando que declarase la Cámara su sentimiento por una medida exigida necesariamente por las circunstancias.

A propuesta de un señor diputado se consideró el asunto suficientemente discutido, y después de retirarse las proposiciones de los señores Santos Silva y Levy, se declaró por la Cámara hallarse satisfecha en las explicaciones del Gobierno sobre el asunto de que se trataba.

En la segunda de dichas cartas se dice que algunos soldados españoles, de los acuartelados en Cascaes, han sido atacados de oftalmía, y se hace subir su número á 21, habiéndose tomado las medidas oportunas para evitar el desarrollo del mal.

El 22 del corriente, según manifiesta el correspondiente, corrió válida la noticia en Lisboa de que antes de llegar á Londres el general Prim se detendría algún tiempo en Gibraltar.

Segun vemos en los diarios portugueses recibidos por el correo de hoy, el marqués de Niza dirigió una interpelación á la Cámara de los pares á propósito de la expulsión del general Prim.

A la interpelación del señor marqués de Niza contestó el Gobierno en los mismos términos que lo hizo en la otra Cámara. El señor marqués de Vallada propuso después que, «satisfecha la Cámara con las explicaciones del Gobierno, pasase á la orden del día.»

En seguida apoyaron el proceder del Gobierno los señores vizconde de Chancelleiros, conde de Cavalleiros y Casal Riveiro, y todos ellos fueron de la opinión del Sr. Pinto Coelho, de que la revolución Prim tiene un carácter ibérico.

El periódico portugués *A Nazao* hace notar, al ocuparse de esta discusión, que los discursos pronunciados por dichos señores no produjeron reclamación alguna, ni aun por parte del señor marqués de Niza, amigo del general Prim.

### DOCUMENTO PARLAMENTARIO.

Insertamos á continuación el elocuente discurso pronunciado por el Sr. Cláros en la sesión celebrada por el Congreso el día 24 de Febrero de 1866:

El Sr. CLAROS: Extrañáreis quizá, señores diputados, alguna novedad en la forma de mi discurso, y quiero dar las razones que tengo para ello.

Yo ocupaba antes en esta Cámara una posición que pudiera llamar enteramente independiente y aun aislada. Con el sistema de elección por distritos, yo vine aquí combatido á la vez por moderados y unionistas. No tuve más apoyo que el de mis parientes y amigos particulares. No tenía por consiguiente más representación, propiamente dicho, que la de mis propias fuerzas, y podía por consiguiente usar entónces toda especie de consideraciones y miramientos.

Pero vino aquí una cuestión gravísima, la cuestión de Italia. Entónces creí yo llegado el caso de dejar esas consideraciones y miramientos, y pronuncié un discurso que es el que me ha traído aquí. Ahora permitidme leer unas brevísimas palabras de él, y permitiéndme decir así, mi nueva razón de ser, y por consiguiente la explicación de todo lo que pueda decir ahora.

Resumiendo yo todo lo que había expuesto en la cuestión de Italia, dije: «Elegido el día, como he dicho ya otra vez, de las grandes afirmaciones. Yo las encierro en una fórmula augusta: *In ipsa, et cum ipsa, et per ipsam*. Toda edificación en la piedra angular de la Iglesia católica; toda solución con los principios de la Iglesia católica; todo progreso, toda mejora, por el espíritu de la Iglesia católica.»

Hé aquí el motivo que me tiene hoy entre vosotros: á esto debo el haber venido aquí. Defiendo el acta de un compañero y amigo, el Sr. Sanchez Asso, y de-

fendiendo después el mismo señor la espontaneidad de nuestra elección, decía: aquí tenéis el Sr. Cláros; ni parientes ni amigos tiene en Navarra, y sin embargo, ha venido diputado por allí. Es exactísimo lo que decía el Sr. Sanchez Asso; no tengo en Navarra ni parientes ni amigos. He dicho mal; no los tenía. De aquí en adelante todos los navarros que me han votado lo serán para mí hermanos y amigos; y aun los que no me han votado, serán también mis hermanos.

Yo les debo esta inmensa expresión de gratitud, porque se han acordado de mí y me han enviado para defender sus nobles principios. Yo envío desde aquí una salutación tan cariñosa como respetuosa á aquella nobilísima provincia, que ha dado en esta ocasión dos altas pruebas, una de cordura y otra de valor. Un testimonio de valor, porque verdaderamente aquellos electores, cuya mayor parte, cuya inmensa mayoría son puramente labradores honrados, en los momentos en que muchas familias patrias olvidan las altas tradiciones de este país, y marchan por nuevos caminos, son los que han representado aquí á los grandes barones ingleses que arrancaron *Charla Magna* de sus monarcas repitiendo aquella célebre frase: *Nolimus leges Anglia mutari*.

Ejemplo de valor infinitamente más notable el de los labradores navarros, porque los barones ingleses al hacer esta petición á su Monarca y arrancarle la *Magna Carta* de sus libertades, lo hacían cubiertos de hierro y aun enseñando á los Monarcas la punta de las espadas: lo hacían ciertamente con el noble y activo valor del soldado; pero los navarros en esta ocasión, desarmados y expuestos á las vejaciones del poder, han hecho esta misma petición, mostrando un valor más noble y más alto, el valor de los méritos.

No exagero; no quiero entrar ahora en el examen de la cuestión electoral; es una cosa pasada en autoridad de cosa juzgada. Me permitiré sin embargo una indicación. Allí también ha habido esas vejaciones que suele haber en estos casos. Me limitaré á señalar una. Se llamó á un alcalde, y se le dijo que si no votaba como se deseaba la candidatura ministerial, no se aprobaría un expediente en que podían andar envueltos grandes intereses de todo el pueblo. ¿Sabeis cuál fué la contestación? El alcalde reunió al pueblo, y dijeron todos unánimes: que se pierdan los bienes del pueblo y no la causa que defendemos. Así se debió obrar. Los pueblos que no tienen energía suficiente para hacer esas manifestaciones ante el poder público, no son ciertamente dignos de la libertad. Que imiten todas las provincias que presumen de liberales esa noble libertad de las provincias que no se quieren dar este título, y entónces tendrán la verdadera expresión de la libertad.

También los navarros han dado un grande ejemplo de cordura. Han prescindido de todas esas aspiraciones políticas, que podrán ser más ó menos laudables, pero que impiden se reúnan en un haz común todas las fuerzas del partido conservador. Los navarros han dado también esa muestra de discreción y tolerancia; han prescindido de las denominaciones políticas, y han encerrado todas sus aspiraciones en un pensamiento noble: el de la defensa del principio religioso. A eso se ha debido la integridad de nuestra candidatura, que representa, por decirlo así, el magnífico símbolo de la unidad, que es el distintivo de la Iglesia católica.

Todos los diputados que ha enviado Navarra profesamos las mismas opiniones; tendremos divisiones políticas; pero en el fondo, en el principio de autoridad, en la defensa del catolicismo, todos, absolutamente todos, estamos conformes, imiten este ejemplo todas las provincias de España, y creo que ganaremos mucho.

Permitidme también exhalar una queja porque esta integridad de nuestra candidatura no esté aquí representada. Además del Sr. Sanchez Asso, que no está aquí por ciertas dificultades de reglamento, falta nuestro querido amigo el Sr. Aparisi, á quien ha dirigido una manifestación amistosa el Sr. Nocedal. Permitidme también dirigirme una do parte mia, diciéndole en mala prosa lo que dijo el poeta Beranger en una ocasión semejante al vizconde de Chateaubriand: «Sr. Aparisi, el hermoso cielo de la católica Navarra llora porque echa de menos en la pléyada de su representación su mejor estrella.»

Ya que me he tomado esta libertad, permitidme que dirija una segunda acción de gracias de parte del señor Aparisi á esa provincia y también á la de Vizcaya. Me constan los sentimientos del Sr. Aparisi, y mientras él da las gracias con la elocución que él sabe hacerlo, yo diré aquí á esas provincias que entre los grandes sentimientos del Sr. Aparisi por no poder acompañarnos en este sitio, figura uno como muy principal: que pueda llegar un día en que sea preciso defender los fueros de esas provincias, y él no pueda hacerlo con la elocución y fuerza de convicción que lo ha hecho en otras ocasiones.

Como veis, señores diputados, estos antecedentes me obligan á una nueva forma en mis peroraciones. Si hasta aquí he sido blando, como generalmente lo he sido por carácter, puede que en esta ocasión esté un poco duro; pero si alguna vez me arrastra la pasión política, al menos estará siempre dentro de los términos de la justicia y de la imparcialidad.

Daré una prueba de ello descartando ciertos cargos que se hacen á la Unión liberal, y los cuales verdaderamente no me parecen fundados. Se le acusa de haber desorganizado los partidos. Fausamente, yo no creo que haya razón para esto; yo en este punto profeso las ideas de la comunión política á que pertenecemos; quiero, como dice el libro de la sabiduría, ver mostrando los hermanos reunidos en uno: por consiguiente, en este punto entiendo que no hay verdadero cargo para la Unión liberal.



Hablando ingenuamente, yo no he podido comprender nunca en mi escaso saber la ventaja de eso que se llama juego de los partidos parlamentarios. No sé cómo, fijándose la manifestación del progreso en la manera de ser de estas instituciones, se quiere simbolizar su juego en una cosa que semeja mucho á mi entender el movimiento de los cangilones de una noria, puesto que es menester, según esa teoría extraña que alternativamente unos partidos suban y otros bajen. Señoras, políticamente me parece esto una cosa bien difícil de comprender. Si fuera como se dice ahora estéticamente, yo pasaría por ello. Algunas veces, cuando he visto funcionar mis norias, al ver los cangilones que saltan, me ha parecido ver los unionistas manifestando la plenitud de la satisfacción; y por el contrario, al ver los del otro lado que bajaban destilando algunas gotas de agua, he creído ver la representación de los pobres moderados, y en aquellas miserables gotas el signo de su cesantía.

Alguna vez sucedía que había un cangilón roto y vacío, y entonces decía yo, este destilado ha tropiezo en la noria con algún obstáculo tradicional; será un cangilón progresista. Preciso será echarle entre un montón de arena, y decir como algunos de sus correligionarios cuando entraban á alguno de los suyos: sáete la tierra ligera.

Pero francamente, si en esto absuelvo completamente á la Unión liberal, si permito que políticamente mate á los partidos, no creo que políticamente debo permitir que los robe su hacienda. La hacienda de los partidos son sus principios, y estos indudablemente los ha incautado, los ha confiscado todos la Unión liberal. Esta teoría ha sido explícitamente sostenida por el Sr. Posada Herrera en el otro Cuerpo colegislador. El Sr. Posada Herrera decía con esa elocuencia y desenfado que le distinguen, que los principios eran como los elementos, y que ningún partido se los podía apropiarse. Declarándolos así como una especie de cosas *vere nullius*, como decimos los abogados, que son del primer ocupante. Señoras: pareceme que la teoría es un poco rara. Sabíamos todos que los principios eran como el aire y el agua, en una palabra, como los elementos; pero creíamos también que el aire se había hecho para las aves, y el agua para los peces; y he aquí que de repente aparece el Sr. Posada Herrera y consigue que la Unión liberal se convierta en un verdadero animal anfibio, que dice airoso como el pato en la célebre lábula de Iriarte:

«Soy de aire, tierra y agua;  
Cuando de andar me canso;  
Si se me antoja, vuelo,  
Si se me antoja, nado.»

Señoras: yo conozco que esto es muy cómodo. Los señores de la Unión liberal en que milita el Sr. Posada Herrera, deben estarle muy agradecidos, porque verdaderamente, siendo el Sr. Posada Herrera como el gran Pontífice moral de la Unión liberal, ha dado aquí una especie de bula de promiscuación, en virtud de la cual todos los unionistas, aunque sea en tiempo de Cuauemac, pueden comer carne, pescado y toda clase de laticinios. Pero convenid, señoras de la Unión liberal, en que esta es una teoría peligrosa. De la promiscuación de las ideas se pasa á la promiscuación de los hechos; de la promiscuación de los principios se pasa, es seguro que se llega á la de los postres, y si marchamos por este camino, cuando en ese banco se ha declarado oficialmente la teoría de los sacrilegios consorcios, creo que se ha de concluir por llegar hasta la poligamia, sin que venga á conquistarnos nuevamente el moro Muzá.

Perdóname los señores diputados estas indicaciones ligeras, que por otra parte no dejan de ser importantes; porque si yo logro decir todo lo que quiero, he de demostrar la filitica de todos los actos de la Unión liberal en esa teoría que yo llamo de la promiscuación.

Entro ya seriamente en el examen de las cuestiones sometidas á vuestro criterio. Mis amigos han declarado que nosotros no venimos aquí ni á poner ni á quitar ministerios; yo no me separo ni en esto ni en nada de mis amigos; pero me ha de ser permitida una explicación sobre esta nuestra teoría. Como teoría, yo la acepto completamente; como práctica, la encuentro alguna difícil; me encuentro establecido este sistema. Lo creo malo, muy malo; pero es la práctica legalmente establecida, y en el lenguaje sencillo del pueblo he oído un proverbio que dice: «Bonde quiera que fueres haz lo que vieres.» Este es el derecho establecido; este es el sistema parlamentario que aceptas; pues siguiendo yo ese sistema, hago oposición rotunda á los señores de enfrente, y por consiguiente confiendo en ella al ministerio y á la comisión, que en este asunto son una misma cosa, porque ya mi amigo el Sr. Mena y Zorrilla muy paladinamente, con motivo de ciertas diferencias que se habían suscitado aquí, declaró terminantemente que había una completa identidad de principios entre la comisión y el Gobierno.

Desde luego, hecha esta declaración, ó mejor dicho, sentado este principio, entro en el examen de las gravísimas cuestiones que comprende el programa encerrado en el discurso de la Corona, y sobre cuya contestación discutimos.

Yo estimo mucho, señoras, un proverbio francés según el cual se debe principiar por el principio. Con arreglo á él yo voy á principiar por el principio de ese Gobierno. ¿De dónde vino? ¿Cómo? ¿Por qué? En una palabra, ¿cuáles fueron las causas y los motivos de su entrada? Esto es lo que en el primer punto de mi discurso me propongo examinar.

Yo estuve unido á la administración anterior y le di mi apoyo en el órden parlamentario con la lealtad con que yo suelo obrar siempre. Sin embargo, á mí no me corresponde directamente su defensa. La primera y principal razón es porque hay otras personas más autorizadas que lo pueden hacer mejor que yo. Aquí, por ejemplo, tengo el gusto de que se halle á mi lado mi buen amigo el Sr. Belda, que ocupó un puesto casi igual al de ministro en aquella situación, y que está por consiguiente en una posición más autorizada que yo para sostener aquella administración. De la misma manera está el Sr. Oróvico, que á fortiori, porque fué entonces ministro de la Corona, debe compartir con el Sr. Belda esta alta responsabilidad.

Dejando pues á esos señores la defensa de su causa, ya me permitiré solamente decir alguna cosa á que hasta cierto punto estoy obligado, toda vez que estuve al lado de aquella administración, y que he formado parte de una junta que últimamente nombró la mayoría. Es de advertir que yo en aquella junta estuve siempre haciendo el papel de Caiceda: estuve siempre vaticinando los inconvenientes de aquella situación y lo que había de suceder. Mis vaticinios entón-

ces llegaron hasta dirigirse un epitafio un poco epigramático con una cita del Dante que podía muy bien pasar en la intimidad de nuestras fraternales relaciones. Ahora que estoy un poco separado de ellos, cambio esa cita por otra más dulce y más afectuosa; y en esta especie de infierno alógico de la nulidad política en que estamos nadando unos y otros, he de decirles lo que en el infierno político del Dante dice Francesca de Rimini á Lancelotto:

*E come vedi pur non m'abbandona.*

Para probarles que no los abandono, y sin entrar tampoco en un examen muy prolijo de los puntos en que disientamos alguna vez, aunque en familia, voy á seguir un camino muy sencillo: en lugar de tomar la defensa directa de mis amigos de ayer, voy á hacer la crítica de nuestras adversarias comunes de hoy; de esta manera, al paso que los defiendo fraternalmente y con la mayor lealtad, de ninguna manera comprometo la defensa que de sus propios actos quieren hacer otros señores más competentes que yo.

Tengo para hacerlo así muchas razones. En primer lugar, una razón de afecto: yo tengo la debilidad de los afectos; me cuesta mucho separarme de las personas á quienes quiero. Tengo para esto también una alta razón política. Hubo un día en que con motivo del asesinato de Lincoln se presentó aquí una proposición y se me encargó oficialmente el sostenimiento. Al hacer yo la defensa de aquella proposición tomé por base para ello la teoría del derecho divino. La expliqué como la explicamos los hombres de mis ideas. Toda la mayoría, ó al menos una inmensa parte de la mayoría, acogió mis palabras con calor; no porque fueran mías, sino por sus ideas. Ahora bien: yo creo, como también he tenido el gusto de escribirlo, que la piedra angular en que se fundan los partidos conservadores es el principio de autoridad. Todos los que defienden ese principio, que tiene su verdadera base en la Religión, todos son mis hermanos. Podrá haber diferencia de opiniones, pero siempre será indulgentísimo con ellas si defienden y sostienen como es debido el principio de autoridad. Tengo para ello otros motivos. Permitidme decirlos uno temado de Virgilio: *Non ignora mali miseris succurrere disco.*

Ahora bien: si todos los partidos que reconocen y respetan el principio de autoridad merecen mi apoyo más ó menos decidido porque siempre estarán dispuestos conmigo á combatir y repeler la revolución, tengo el sentimiento de no poder decir lo mismo de la Unión liberal, porque creo que está enteramente fuera del principio de autoridad, y lo dije ya en uno de mis discursos pasados. La Unión liberal se ha presentado en una porción de cuestiones completamente impregnada del principio revolucionario, y esos intentos probados en el día de hoy.

Dije que iba á hacer la crítica de la Unión liberal por su conducta contra el ministerio anterior, y voy á ser muy ligero; no quiero más que dar algunas pruebas, porque otros oradores de más importancia que yo tomarán á su cargo demostrar más patentemente lo que yo sostengo. Pasaré, pues, por alto muchos de los antecedentes de la oposición de la Unión liberal en aquella ocasión, y me limitaré solamente á manifestaros aquella oposición, que si no era facciosa en el fondo, lo era en la forma, que se hizo al proyecto de anti-lipo presentado por mi amigo el Sr. Barzanallana. Fundar la exacción de un impuesto en la voluntad inteligente de las masas y no en la de sus representantes legítimos, por más que esto se cubra con formas legales, es destruir la Hacienda, porque claro es que todo el mundo lo que quiere es no pagar.

También haré una ligera indicación respecto de la cuestión de Santo Domingo, cuestión con la cual se quiso hacer popular la Unión liberal, y en la que estoy seguro que de botones adentro daba gracias á Dios de que le proporcionara la administración moderada para sacarla del mal paso en que se había metido. Porque la verdad es que en la política española no ha habido jamás idea ni más absurda ni más inconveniente que la conquista de Santo Domingo. En la situación actual de las cosas no podía conservarse la isla de Santo Domingo sino estando en íntimas relaciones con los anglo-americanos, y mientras esto no suceda ó el mundo no cambie, era imposible su conservación. Por consiguiente aquella empresa descabellada, que no entra en nuestros intereses políticos ni en nuestras aspiraciones económicas, no puede considerarse más que como una quijotada propia de nuestro carácter. Y ya que he usado la palabra quijotada, diré que la cuestión de Santo Domingo podía compararse con la hazaña de los pellegos de vino de Don Quijote. ¿Qué gloria podía resultar de acuchillar á unos negros cimarrones? Ninguna; y mirada la cuestión bajo el punto de vista utilitario, de Santo Domingo no sacamos otra cosa que gastar 300 millones de reales y derramar la sangre de 20,000 españoles.

Paso por alto el punto de los motines y bullicios, porque la tratarán con más autoridad que yo otros señores á quienes interesa particularmente esta cuestión. Esto, no obstante, haré una ligera indicación sobre aquella famosa investigación á que dieron lugar los sucesos del 10 de Abril, investigación en la que la Unión liberal por medio de sus personas más autorizadas en la prensa estuvo unida á la manifestación más singular y revolucionaria que ha presenciado la historia. Yo no recuerdo, señoras, que en la revolución francesa se hiciera una cosa semejante. Pero pasando como incidentalmente sobre estos particulares, voy á fijarme en una cosa de grande importancia, que es en la conjuración de Valencia.

Esta cuestión la voy á tratar seriamente, porque en esto, no sólo defiendo la administración de hombres que tienen afinidad con mis ideas, sino el órden público que se puede y debe defender lo mismo desde unos bancos que desde otros. La conjuración de Valencia, señoras, fué cosa gravísima; es un hecho incontestable, porque de él se deriva justamente esta situación. Yo pregunto, señoras: ¿qué motivo parlamentario hubo para que aquel ministerio cayera? ¿No había resuelto todas las cuestiones pendientes? Esa misma revolución, no la venció mejor que este ministerio, puesto que no se atrevieron á echarse á la calle los revolucionarios? Entonces, ¿por qué se cambió aquella situación? Es un punto que tenemos derecho á examinar y juzgar aunque no tengamos pruebas, porque no estamos en un tribunal de justicia donde se necesitan testigos y pruebas: nos basta lo que todos sabemos para formar nuestro juicio y formular cargos políticos. Pues bien: en esta materia, además de esta asociación completa en que estubo en aquella alianza la Unión liberal con la revolución, te-

nemos unas palabras notabilísimas que yo voy á leer al Congreso.

Ya sabéis, señoras, quién fué el general que se puso al frente de aquella insurrección. Si bien pudiera extenderme en largos comentarios, no haré casi ninguno; voy á leer las palabras que el Sr. Posada Herrera, jefe civil como oficialmente se le llama de la Unión liberal, pronunció aquí con ese motivo: «Hace pocos días...» (Leyó.)

No necesito molestar más al Congreso; y ¡de un general completamente faccioso que se presenta como tal, se viene aquí á hacer la defensa por el hombre más respetable de la Unión liberal! es decir, en el órden político; no diré yo que sea en absoluto el hombre más respetable de la Unión liberal; pero sí es aquel á quien se encomienda generalmente por la Unión liberal la defensa de sus principios y teorías.

Y esto, ¿no significa nada, señoras? La defensa de un ministro, de un alto hombre de Estado, porque ni aun sus mayores enemigos han negado nunca al señor Posada Herrera las cualidades de un grande hombre de Estado, y de un hombre de Estado á quien distinguen la calma y la frialdad: un hombre de Estado que no dice ninguna palabra que no tenga su intención. Pues bien, señoras: la defensa del Sr. Posada Herrera respecto del general Prim, ¿no quiere decir nada? ¿Necesito yo comentar estos hechos? ¿No puedo invocarlos como una clave para descifrar esa historia? Yo no tengo la clave, señoras; pero francamente tengo un apólogo: el hecho es que en virtud de eso vino aquí el ministerio actual. Os referiré mi apólogo.

Los pueblos meridionales gustan mucho de esa especie de literatura. Parece que se complacen en sombrar las ideas con las formas del apólogo, como gustan de templar con las persianas la luz excesiva de su claro sol.

En materia de apólogos, en esta clase de literatura infantil, los más sencillos son los mejores. Diré uno que anda en boca de todos: el del mono, el gato y las castañas. Yo no sé quién es el mono; el gato lo conoce todo el mundo; y desde aquí estoy yo viendo los que se han comido las castañas.

Hay todavía más, señoras, en este asunto gravísimo, y me permitiré que diga alguna cosa. A poco tiempo de esos sucesos, y habiendo entrado por virtud de ellos ó á los menos después de ellos la Unión liberal en el poder, vinieron varias públicas de los que se declaraban comprendidos en aquella conspiración, los cuales acusaban á los hombres de la situación triunfante de haber sido desleales ó de haberse postro ante aquello mismo que de acuerdo con ellos estaban conformes en derribar. ¿Por qué no se han contrariado estas manifestaciones? ¿Son calumniosas? Pues haberlos perseguido. En tales casos la honra obliga á ello. Y cuenta, señoras, que esa interpelación no fué solamente dirigida por los conspiradores; fué expresada desde este mismo sitio por un hombre cuya autoridad respetabilísima de seguro nadie puede negar, por mi querido amigo el señor Aparisi. ¿Por qué á una interpelación tan grave no se levantó el señor duque de Tetuan á desmentirla? (El señor presidente del Consejo de ministros, duque de Tetuan: Me levanté á contestar á otra hecha por un amigo de su señoría.) ¿Puede por un sentimiento de dignidad el no haber perseguido á los calumniadores? Pues entonces permítame el señor duque de Tetuan que le dirija sobre el particular una pregunta. S. S. pertenece á una noble familia de una nación nobilísima y simpática para todos; y simpática debe ser una familia de ese origen, porque para nosotros debe ser grato y simpático todo lo que venga de aquel católico país. Pero es fácil que S. S. ignore las tradiciones y usanzas castellanas, y por lo tanto permítame referirlas.

En el siglo XI teníamos un Rey que dividió sus Estados entre sus hijos. El mayor de ellos creyó que violaba la ley política del país, y habiendo tenido á su favor la mayoría de la nación, logró destruir á su hermano D. Alfonso, Rey de León, y después se apoderó de los feudos de Toro y Zamora, que correspondían en herencia á sus dos hermanos.

Hallándose el Rey D. Sancho sitiando á Zamora, un hombre de corazón sano un día de la ciudad, habló con el Rey D. Sancho, diciéndole que iba á enseñar la parte flaca de los muros, y en un descuido arrojó al Rey un venablo y le dejó muerto. Si Belido Dolfos hubiera vivido en otros tiempos, ó si hubiera habido periodistas en aquellos, de seguro que se encontrarían media docena que lo defenderían. Pero los castellanos no entendían así las cosas. A pesar de que la acción de Belido Dolfos podía en cierto modo defenderse, visto que hubo una pérdida, este bastó para ser rechazado por ellos. Constantemente el nombre de Belido Dolfos ha sido denunciado como traidor á la posteridad.

Pero no fué eso sólo; hubo un levantamiento general en los castellanos, y obligaron á D. Alfonso á que declarara que no tuvo parte en la muerte de su hermano.

El hecho es tan público, como que pertenece á nuestras tradiciones igualmente que á nuestra historia. Los honrados castellanos de Burgos, reunidos en la iglesia de Santa Gadea, hicieron prestar juramento de indemnización á su nuevo Monarca. Eso mismo creo yo; que estamos todos autorizados para exigir una manifestación igual al señor duque de Tetuan, que aunque está muy levantado, no puede estarlo tanto como nuestros Reyes.

Mientras no diga que rechaza esas calumnias y las arroja á la cara de quienes se las han dirigido, yo sin ofenderle puedo dirigirme al señor duque de Tetuan las palabras de un romance antiguo:

Y vos no estais muy seguro  
De la calumnia propuesta,  
De la negra trama urdida  
Sobre Valencia la bella.

Que aun hay sangre de Belido,  
En nobres é innobres venas,  
Y quien fizo aquel venablo  
Si le pagan, hará trenza.

El señor presidente del CONSEJO DE MINISTROS (duque de Tetuan): Pido que se escriban esas palabras.

El Sr. PRESIDENTE: Ha oído V. S. lo que acaba de decir el Gobierno por boca del señor presidente del Consejo de ministros.

El Sr. CLAROS: Sírvase V. S. decir qué especie de explicaciones quiere que dé, porque estoy dispuesto á dirlas.

El señor presidente del CONSEJO DE MINISTROS (duque de Tetuan): Ya se lo diré á S. S. Su señoría me ha aplicado unos versos suponiéndome á mí un

Belido Dolfos; pues explique que esas palabras no han aludido á mí.

El Sr. CLAROS: Voy que el señor presidente del Consejo de ministros no ha entendido mis palabras. Si eso se lo dice el Cid al Rey, si eso se lo dice á don Alonso, ¿cómo no he de poder yo decir al duque de Tetuan lo que dice el Cid al Rey D. Alonso?

El Sr. PRESIDENTE: No se trata ahora de explicar el romance; de lo que se trata es de que V. S. dé la explicación que se le pide.

El Sr. CLAROS: S. S. espera muy bien; pero precisamente esas explicaciones que me pide, son las que yo estoy dando. Yo no he hecho el cargo de traidor al señor duque de Tetuan; lo que he dicho, es que han calumniado al señor duque de Tetuan, y que el señor duque de Tetuan no ha contrariado esas calumnias, y que los calumniadores son los que se las han dirigido.

El señor presidente del CONSEJO DE MINISTROS (duque de Tetuan): El calumniador es... (Momentos de agitación.)

El Sr. PRESIDENTE: Señor diputado, ¿puede negarse V. S. á declarar que no ha sido su ánimo ofender al señor presidente del Consejo de ministros.

El Sr. CLAROS: Pero, señor presidente, si precisamente...

El Sr. PRESIDENTE: Permittame V. S.; no he concluido. Las palabras de V. S. son graves; es menester que las explique.

El Sr. CLAROS: Sin duda alguna, esa declaración por dada; pero yo quiero probar que no he dicho eso en el sentido que ha entendido el señor presidente del Consejo de ministros; pero á mí vez, como este ha dicho las palabras, que no llegaron á mi oído, de que el calumniador era yo, ruego al señor presidente se sirva exigir la correspondiente explicación de ellas al señor presidente del Consejo.

El Sr. PRESIDENTE: El señor presidente del Consejo ha empezado por declarar que no ha querido ofender á S. S.

Tiene la palabra el señor presidente del Consejo.

El señor presidente del CONSEJO DE MINISTROS (duque de Tetuan): Sabe la Cámara que hace mucho tiempo que asisto á este Cuerpo; que vengo desempeñando el cargo de ministro de la Corona, y que jamás he faltado á ningún representante del país. Apelo al testimonio de amigos y adversarios. Pero cuando veo que un señor diputado se levanta como se ha levantado el Sr. Claros ó el Sr. ... que no sé cómo se llama S. S....

El Sr. BELDA: Pido que se escriban esas palabras ofensivas á un diputado.

El Sr. PRESIDENTE: Orden, señores, órden.

El señor presidente del CONSEJO DE MINISTROS (duque de Tetuan): Yo no acostumbro á faltar, ni he faltado nunca al respeto que merece el Congreso de los diputados; pero apelo al sentimiento de los señores que escuchan, y que no podrán menos de comprender la emoción con que estoy hablando.

El Sr. PRESIDENTE: Habrá oído el Sr. Claros que el señor presidente del Consejo de ministros declara que no había sido su ánimo ofender á S. S.

El Sr. CLAROS: Señor presidente, me adhiero enteramente á lo que V. S. acaba de decir; la explicación de V. S. no puede ser más exacta, y la acepto enteramente como mía con mucho gusto. S. S., que conoce bien la historia literaria, sabe que esas palabras de Belido Dolfos se dirigían á otro que conspiraba contra D. Alonso; y si he comparado al señor presidente del Consejo con D. Alonso, mal podían ir dirigidas contra S. S. Ahora, para dar una prueba mayor de docilidad, hago caso omiso de ciertas palabras inconvenientes del señor presidente del Consejo de ministros, jugando con mi apellido....

El Sr. PRESIDENTE: El señor presidente del Consejo de ministros se ha expresado y explicado ya en términos que creo que habrán satisfecho á la Cámara y á V. S.

El Sr. CLAROS: Quisiera yo también que el señor presidente del Consejo de ministros se sirviera hacer una manifestación de una palabra suya.

El Sr. PRESIDENTE: Este incidente está terminado. Sírvase V. S. continuar.

El Sr. CLAROS: He manifestado ya las densas tinieblas que pesan sobre el nacimiento de esta situación; no me he metido en más averiguaciones, y me he limitado sólo á exponer la necesidad de que la Unión liberal hubiera protestado contra las calumnias que otros le han dirigido, no yo que no soy escritor público....

El Sr. POLANCO: Pido la palabra para defender á la Unión liberal de las acusaciones que le dirige el señor Claros.

El Sr. PRESIDENTE: Sírvase V. S. tomar asiento, y no interrumpa la discusión.

El Sr. POLANCO: Es que...

El Sr. PRESIDENTE: Orden. Continúe el señor Claros.

El Sr. CLAROS: Dejando ya aparte el origen de este Gobierno, voy á examinar sus obras, empezando por la actitud que ha tomado en la cuestión de enseñanza. Ya sabéis los señores diputados que en esta cuestión podía yo reivindicar para mí cierta autoridad, pues á todos consta que en ella me separé hasta de mis amigos políticos los moderados, porque me parecía que debía ir todavía más adelante en el camino por ellos emprendido. Voy, pues, á tratar esta cuestión, no precisamente en toda su latitud, sino en aquella parte que tiene relación con la política. Esta cuestión será tratada ampliamente por otro de nosotros que ha hecho de ella un estudio especialísimo. Voy pues á examinar los principios de la Unión liberal respecto de la enseñanza.

Los principios de la Unión liberal en este asunto han sido expuestos en el otro Cuerpo colegislador por el enciclopedista, por decirlo así de la Unión liberal, señor Posada Herrera.

¿Sabéis cuál es la síntesis del Sr. Posada Herrera respecto á los principios de la enseñanza? Pues es la declaración de que la enseñanza para nada sirve. Vais á oír la exposición de esta doctrina, tal como consta que la expuso el Sr. Posada Herrera en el *Diario de Sesiones*, y cómo se reorganiza la enseñanza pública....

«Señores, reorganizar la enseñanza en estos tiempos! ¿Cómo se reorganiza, cuando si el señor marqués de Miraflores, archiconservador, fuera catedrático de la universidad de Madrid, inspiraría á sus discípulos tantas ideas liberales que bastarían para incendiar la Europa?»

«Porque esto está en el espíritu del siglo; contra esto no se puede nada ni por nadie, porque es necesario esperar á que los sucesos, la experiencia y los intereses públicos vayan limpiendo los daños que las

ideas, los principios mal entendidos, y sobre todo peor interpretados, producen en la generalidad. Recordando á este propósito lo que dice un célebre novelista de mucho ingenio en una novela en que piola á un maestro de escuela, que como tema de un discurso inaugural dice: «De cómo la instrucción pública no sirve para nada.»

«¿Habéis oído las palabras del Sr. Posada Herrera? Su compañero el Sr. Cánovas acudió á su defensa diciendo que este era un rasgo humorístico. Nada se me ofrece que decir respecto á esta defensa del señor Cánovas: cumplica con un deber político. Pero ¿es exacta la defensa del Sr. Cánovas? Lo vais á ver. Continúa el Sr. Posada Herrera:

«Era el discurso inaugural del maestro de escuela; y, ¡qué admirablemente lo prueba Jean Paul con el talento varonil y fantástico que lo distingue! Al lado de la conversación, al lado de las necesidades de la época, de los progresos de las ciencias, de la lectura de los periódicos, al lado de este conjunto de cosas y de influencias en nuestra educación, la instrucción de la escuela y de la cátedra es nada, es muy poco, es casi insignificante.»

Puesto que tengo el gusto de ver enfrente á mi amigo particular el Sr. Cánovas, le preguntaré si le parece que después de estas declaraciones del señor Posada Herrera se puede todavía sostener que aquello fuera sólo un rasgo humorístico. A mí me parece que no.

A la verdad que aquí pudiera yo citar una anécdota de la vida literaria de Demóstenes. Esquines y Demóstenes habían peleado por obtener una Corona, que al fin fué concedida á Esquines. Este, en prueba de su imparcialidad, citaba á sus discípulos como el mejor ejemplo de oratoria la oración de Demóstenes; y como sus discípulos admiraban las bellezas literarias de aquella obra, Esquines les decía después de haberse las hecho notar: ¡pues qué sería si se las hubiérais oído á él mismo! ¡Pues qué sería, digo yo también ahora, si hubiérais oído estas palabras al Sr. Posada Herrera, que no sólo las pronunció con su habitual elocuencia, sino que las daba nuevo valor con el aire de fe y de profunda convicción que se pintaba en su semblante!

Yo ahora podría apelar á la memoria del Sr. Posada Herrera y retorcerle esta frase haciéndolo un razonamiento á que no podría contestar. Si efectivamente creyó S. S. que la instrucción no sirve para nada; si á lo menos, como consta aquí la instrucción de la escuela y de la cátedra es nada, muy poco, casi insignificante, ¿por qué dirigía aquel grave cargo al Catoicismo? ¿Por qué le acusó de haber sido causa de los actuales males sociales por haber tenido en su mano la instrucción pública por espacio de tantos años? ¿Cómo la Providencia dispone que los ataques que se dirigen á las cosas más sagradas se vuelvan contra aquel que los dirige!

Pero continuemos la exposición de los principios del Sr. Posada Herrera. ¿En qué consiste esto, señoras? Pues qué, casi todos los hombres que pertenecen hoy á la política, ¿dónde hemos estudiado? ¿En qué libros? ¿Qué maestros nos han enseñado? Yo aprendí filosofía por Guevara, cánones por Devoti, y los maestros que tuve eran todos, claro está, proporcionados á la época. ¡Influyeron nada en mis opiniones, y las modificaron en lo más mínimo! ¡Quiera Dios que no las hayan irritado! ¡Quiera Dios que no hayan producido el efecto contrario al que se proponía, porque hay en la juventud cierto espíritu de oposición que se revela en la enseñanza, cierto espíritu vano que hace que muchas veces los discípulos piensen de una manera inversa de como piensan los maestros, á pesar de los esfuerzos que con su talento y asiduidad hacen para inculcar cierto género de doctrinas á sus discípulos.»

Ya lo veis, señores diputados. En la segunda etapa de los principios del Sr. Posada Herrera se demuestra que la contradicción expaspa. No hay por consiguiente que contradecir. Hé aquí, madres de familia, un buen sistema de educación para vuestras hijas. La contradicción las expaspa: pues dadles gusto; poned á su lado á sus amantes, y de esa manera verdaderamente extraña llevaréis adelante su buena educación.

Vengamos ya á la última etapa, por decirlo así, del Sr. Posada; vamos á ver qué es lo que cree que puede hacerse en la práctica. «Lo único que debe hacer el Estado, es procurar que la instrucción pública guarde un término medio con la manera de pensar de los tiempos; que sea la instrucción pública un cáuce por donde todas las ideas, todos los principios y doctrinas que dominan en el siglo pasen al ánimo de la juventud, templadas, moderadas, modificadas; pero de ninguna manera un sistema que impida que esas ideas sean corregidas, discutidas, que esas teorías sean examinadas.»

Esta teoría ó es cosa muy vulgar ó es muy mala. ¿Se quiere decir que hay que poner al corriente de todos los principios á los jóvenes de las universidades? Pues eso se ha hecho siempre: no hay más que ver todos los textos antiguos, y hasta la *Summa* misma de Santo Tomás, para convencerse de que al lado de la verdad se consignaban todos los errores que se conocían en su tiempo. Sobre esto no puede haber duda; pero la cuestión es otra. ¿Cómo se debe soldar esta dificultad? ¿Templando, moderando, ó contradiciendo? Contradiciendo: esta es la frase. Aquí no puede haber templanza ni moderación: á un lado se ha de poner la verdad, á otro los errores, señalando aquella y combatiendo estos sin tréguva ni descanso.

Este es el camino por donde hay que marchar; lo demás es una teoría falsa, y lo que es peor, completamente desorganizador; y tomando la misma alegoría del Sr. Posada Herrera, que dice que la instrucción debe ser el cauce, yo os diré que la instrucción debe ser el cauce por donde corran las ideas puras y limpias de la verdad; y así como se tiene cuidado de que las aguas de las fuentes públicas no corran por conductos de plomo ni de zinc, sino de hierro puro para que no se inficionen de algunas partículas venenosas, de la misma manera deben venir esas ideas por el cauce de hierro puro del ascetismo cristiano para que no lleven en disolución ni un átomo de veneno que pueda inficionar á la juventud, para quien han de servir.

De los principios pasemos á los hechos: veamos el derecho práctico establecido entre nosotros. Consignado está en el art. 2.º del concordato. Es inútil que yo os diga, porque lo conocéis perfectamente. La instrucción ha de ser en un todo conforme á la unidad de nuestras creencias; es un texto exegético que todos conocéis: inútil es repetirlo. Ahora bien: ¿cómo se ha cumplido ese texto? Se han desdoblado en esta parte, no ya las manifestaciones de la prensa católica,



sino las autorizadísimas representaciones de todos ó de una gran parte de los Obispos españoles, y los textos condenados continúan sirviendo en las universidades.

Contra esto se hizo lo que han llamado mis amigos políticos la conspiración del silencio; pero puede decirse también que luego ha habido la conspiración del escándalo.

Hay un hecho nuevo, el cual pertenece única y exclusivamente al ministerio actual y del cual es responsable directamente el actual señor ministro de Instrucción pública, señor marqués de la Vega de Armijo. Entre los diversos engendros de la filosofía moderna, señores, hay uno que es la de Krause, la cual tiene una gran boga en nuestra Universidad. ¿Queréis saber lo que es esta filosofía? Pues no osáis á mí, á quien supondréis preocupado: os voy á dar una autoridad que no podréis recusar. Entre mis relaciones de amistad con varios señores de la Unión liberal, las tengo muy cordiales con nuestro actual ministro en Francfort, Sr. Valera. A pesar de las diferencias que en política nos separan, nos estimamos mutuamente; él me escribe y yo le escribo, y últimamente me ha escrito una carta larguísima, si pudiera llamarse así cartas escritas tan delicadamente como lo hace S. S., en la cual se queja de una manera muy graciosa, con el aticismo que le es propio, de la situación triste en que nos hallamos, de tomar las ideas como se toman en provincias las modas desechadas. A este propósito se burla muy donosamente de la filosofía de Krause, diciendo que ya no se acuerda nadie de ella en Alemania y que es una especie de armario viejo y chinchoso, relegado allá á las bohardillas para nidos de ratones. Esa filosofía de Krause, esa filosofía impía, ha sido condenada por la congregación del Índice. Ahora bien: voy á leer al Congreso una Real orden, fecha 24 de Octubre, del señor marqués de la Vega de Armijo. Dice así:

«Excmo. Sr.: He habido hecho donación á esa universidad de 139 obras de filosofía, religión, historia y geografía, derecho y economía política, literatura, viajes y varios que componen 202 volúmenes y algunos cuadernos del catedrático de la misma D. Julian Sanz del Río, la Reina (Q. D. G.), conformándose con el propósito por V. E., se ha dignado mandar se den á este profesor las gracias por su apreciable y útil regalo, y que se haga público por medio de la *Gaceta de Madrid* su generoso desprendimiento.

De Real orden lo digo á V. E. para su conocimiento y efectos consiguientes.—Dios guarde á V. E. muchos años. Madrid 24 de Octubre de 1865.—Vega de Armijo.—Señor rector de la Universidad central.»

Se habla aquí de las obras de filosofía del Sr. Sanz del Río, y se declara que se le dan las gracias por el regalo. No quisiera yo ofender al señor marqués de la Vega de Armijo, respecto del cual no tengo más que motivos de benevolencia; pero le interpele á S. S. diciéndole: ¿es decoroso que un ministro de la Reina católica de las Españas, que un caballero tan cumplido como lo es S. S., se ponga tan en oposición con los decretos dados por la congregación del Índice? Si S. S. no sabía que esas obras estaban condenadas, es un grave cargo, porque S. S. es ministro del ramo, y debía saberlo; y si lo sabía, el cargo es aun mucho mayor, porque es una cosa indefendible. Yo recomiendo por lo menos al señor marqués de la Vega de Armijo más miramiento en el ejercicio de estas graves funciones: el sentimiento católico de este país se alarma con razón por este hecho.

Pero en fin, dejando aparte este acontecimiento, que tiene una indudable gravedad, paso á otro, que la tiene infinitamente mayor. Paso á la cuestión, por decirlo así, de los textos materiales ó muertos, á los textos vivos, es decir, á los catedráticos de la universidad que han sido patrocinados por este Gobierno.

Todo el mundo sabe en esta parte el estado de la Universidad. En la Universidad central se declaró una verdadera insurrección contra el principio de autoridad; no acuso á toda la Universidad, no; acuso á aquellos catedráticos que manifestaban se presentaban en lid y se rebelaban contra el Gobierno. No entro en todos los detalles de esta cuestión: tomémosla tal como la dejaron mis amigos de la administración pasada.

El hecho es que, recogido el guante arrojado por un catedrático, se formó una causa: ¿y cuál fué el resultado de esa causa al advenimiento de la Unión liberal? ¿Que ese catedrático fué inmediatamente repuesto en la cátedra que antes desamparaba? ¿Ignoto por ventura el señor marqués de la Vega de Armijo los antecedentes de esta cuestión? ¿No sabe lo que habían dicho y hecho estos catedráticos? ¿No sabe también lo que se siguió á esos dichos y á esos hechos? Señores: la cuestión es esta: gravísima: el insulto fué dirigido públicamente á la monarquía: los catedráticos se jactaban de que eran demócratas; lo decían con un valor y una decisión, que bajo el punto de vista meramente político puede decirse que les honra, puesto que lo decían francamente. Pero ¿podía decir una persona dependiente del Gobierno que había recibido su misión de explicar de la autoridad pública? Esta cuestión ha sido perfectamente tratada en la otra Cámara por un digno miembro de ella: la protesta que ha hecho sobre esto no puede ser más enérgica: ese señor senador, eleva la cuestión á la mayor altura, ha dicho á los señores ministros: «No sólo habéis faltado al principio de autoridad y á los del derecho político de España, sino que habéis faltado á todos los antecedentes que hay con respecto al derecho público europeo.» ¿para demostrar su afirmación ha citado en Francia á los catedráticos Michelet y Quinet....

El Sr. PRESIDENTE: Sabe S. S. que no se puede aquí contravenir ni aludir á lo que se dice en otra parte.

El Sr. CLAROS: Perdón V. S.: yo digo esto, porque me refiero á un distinguido amigo mío, y aunque sé que no ha de formar queja de que yo prolije sus opiniones, y aun se dejará con gusto explotarlas en mi favor, no quería yo sin embargo vestirme con plumas ajenas. Pero en fin, presentaré como misas esas ideas, admitiendo con mucho gusto la observación de S. S.

Pues bien: como argumento mío, aunque no es argumento original, presento uno que me parece absolutamente incontestable, tan incontestable, que el señor Cánovas, que fué el encargado de dar esa contestación, no ha dado ninguna. Se limitó á acenar á los moderados el nombramiento de ese catedrático. Yo rogaré al Sr. Cánovas....

El Sr. PRESIDENTE: ¿Va V. S. á exponer la discusión del otro Cuerpo, cuando está expresamente prohibido por el reglamento de este?

El Sr. CLAROS: Eshorabuena; yo presento el argumento descarnado, y ruego á cualquiera de los señores ministros que alean un argumento que pesa sobre ellos de una manera opresora. El argumento es el siguiente, reduciéndolo, por decirlo así á sus términos mínimos: Señores ministros de S. M.: no solamente en el asunto este de los catedráticos habéis violado la exéges civil y eclesiástica de nuestro derecho, sino que estais muchos codos más abajo en la defensa de los intereses religiosos y morales de la nación empujando a católicos que los Gobiernos protestantes y racionalistas de la Europa. Presento el ejemplo de los profesores Michelet y Quinet, separados en Francia por Napoleón; el de Renan, separado últimamente por sus ideas antireligiosas por el mismo; el de Strauss, igualmente separado en Wurtemberg, hallándose de catedrático de la Universidad de Tubinga, que es precisamente la Universidad que más se ha distinguido por haber dado de sí á los pensadores más desatinados. La venida de Strauss á Suiza á encargarse de una cátedra produjo en un canton protestante una especie de levantamiento; se presentaron exposiciones con 30 y 40,000 firmas, y tuvo el Gobierno que respetar aquella manifestación pública, y Strauss fué separado. Yo exijo á los actuales ministros en este punto, no lo que se debe á la unidad de nuestras creencias, al rigorismo de nuestro derecho, que haga siquiera lo que han hecho muchos Gobiernos racionalistas y protestantes de Europa.

De la cuestión de enseñanza paso, señores, á la cuestión de imprenta. En la cuestión de imprenta veis enteramente los mismos principios que demuestra la Unión liberal en todas sus operaciones políticas, es decir, el principio de la promiscuidad, ó sea del escepticismo. Yo creo que puede dividirse la política de la Unión liberal sobre imprenta en tres períodos: el primero, que yo llamaré de la fluctuación; segundo, que yo llamaré de la barbitría; y tercero, el de la arbitrariedad.

El Sr. UHAGON: Sr. Presidente, pido que se escriban esas palabras.

El Sr. CLAROS: He dicho que el segundo período era el período de la barbitría. Yo explicaré esto, y luego si la explicación no agrada dará lo que se me pida.

El Sr. PRESIDENTE: Tenga V. S. presente todo lo que ha acontecido en la sesión.

El Sr. CLAROS: Sr. Presidente: antes de que yo explique esas palabras, no creo que hay motivo para sublevarse contra ellas; después de explicadas, si la explicación no agrada, pueden pedirse las que gusten.

En el primer período, enteramente el Gobierno de la Unión liberal, bajo este aspecto, se parece á una nave abandonada enteramente á la fluctuación de las olas; se parece á un buque que no se ocupa absolutamente de lo que pasa alrededor de él, y que siendo un buque guarda-costas encargado de defender las del Estado, deja pasar indiferente todo género de contrabando. Si no temiera yo harir la susceptibilidad de los señores de la Unión liberal, un poco agriada contra mí, diría que hasta parece que se descolgaban algunas chalupas de ese mismo buque guarda-costas con bultos sospechosos. Como quiera que sea, diré que ese estado acabó acercándose al buque una especie de brulote que trató de incendiarle, y entonces las cosas variaron. Ahora explicaré cómo entré en ese período que puede llamarse de la barbitría, y después de mis explicaciones, si no están contentos los señores de la Unión liberal pueden pedirme las que gusten. Desde luego yo no hablo de barbitría más que aplicada al sistema; la Unión liberal se compone de personas entendidas y muy dignas personalmente y muy hábiles; cabalmente es el partido aristocrático; no puedo yo por consiguiente decirle esa calificación, que parecerá dura, sino en el orden filosófico; yo soy amigo de muchos individuos de la Unión liberal y no podía acusarles de barbitría en otro sentido.

Pues bien: el hecho á que me refiero es á la supresión de un periódico verdaderamente subversivo, ó por lo menos libelista, que no quiero ni aun siquiera nombrar. En esta parte no quiero que me gane ninguno de los señores de la Unión liberal á tener cierta clase de consideraciones; no diré ni aun el nombre; tan lo creo yo el hecho. Indudablemente, señores, yo no tengo nada que decir en esto; cabalmente lo que aborrezco más es la calumnia, y la calumnia en forma de libelo; de todos los bichos que putulan en la gusana revolucionaria, no conozco ninguno más odioso que el libelista; por consiguiente no crea nadie que voy á aprobar un hecho tan indigno. Es más: como particular, quizás me llevaría esto á simplificar con la misma Unión liberal; pero como diputado, como legislador, no puedo menos de examinar estas cosas seriamente. Lo que sucedió entonces, todos lo sabéis, yo diría también la defensa que de eso se ha hecho por un ministro de la Corona, si no temiera la interrupción del señor presidente; de todos modos, siempre resulta que se cometi6 un acto indigno, nauseabundo; convenidos; pero que la Unión liberal no supo reprimirle sino por medio de un acto que propiamente es un acto de barbarie, porque es una aplicación de la fuerza bruta.

Yo no acuso al hijo que viendo maltratada á su madre la defiende de cualquier manera; acuso al Gobierno que no toma en vez de esa determinación la de venir aquí y decir: reconozco mi falta; esta ley que tengo es insuficiente; es menester otra; eso es lo único que yo digo, y nada más.

Hay otra cosa también en este particular gravísima.

Aquí se había atropellado todo; los Obispos, la persona augusta del Pontífice, la de S. M., la religión, todo lo que había de más respetable y santo.

Pues bien: si había sucedido esto, ¿no resultará un cargo inmenso contra la Unión liberal, que permitiendo estos ataques no consintió los otros? Si pudo reprimir unos ¿por qué no pudo reprimir los otros? Y si no pudo reprimirlos de esta manera, ¿por qué no buscó en los medios legales la forma de reprimir esos excesos? Por lo demás, que la Unión liberal traiga todo cuanto quiera sobre este particular, yo le daré mi voto; pero entre tanto no puedo dejar pasar sin una condenación severísima un hecho de esta especie. El hecho es que á la faz del país fue ahogada la prensa periódica por la fuerza particular; el hecho es que para esto no bastaron los medios naturales de la represión pública.

Pues bien: arrojo un cargo á la Unión liberal, al que difícilmente podrá contestar, y es la gravísima situación en que resulta el Trono y la Reina que le ocupa no siendo defendida de esta manera por la Unión liberal. Yo no digo que es lícito dejar correr la indignación justísima de un hijo que fue ofendida á su madre; pero digo que si eso se considera lícito y

tolerable, la Reina es la madre de todos los españoles. La Unión liberal, á la que se había confiado el Trono y la persona que le ocupa, estaba obligada á salir á su defensa.

Señores: prescindiendo de esto, y limitándome puramente al hecho de no haber sido defendida en primer término la persona inviolable de la Reina, y al mismo tiempo la monarquía representada en ella, estoy en el caso de revelar la tristísima situación en que estaba colocado el poder Real. En aquellos tristísimos tiempos de la Unión liberal la Reina de España no podía llamarse como en los tiempos antiguos Reina de Castilla, de Leon, de Aragon, de Valencia, de Córdoba, de Sevilla.... y demas provincias; no podía llamarse siquiera con los títulos honoríficos de Reina de Jerusalen y de las Dos Sicilias, ni aun podía ostentar sobre su cabeza como reminiscencias de gloria las Coronas de duquesa de Atenas y de Neopatria que le legaron las fabulosas hezanas de aragoneses y catalanes en Grecia. Entonces la Reina de España reinaba de incógnito, y apenas si podía llamarse marquesa de Molina.

Esta es la conducta de la Unión liberal. ¿Por qué se salvó de ella? Porque fueron heridos sus afectos. En cuanto al sentimiento, no tengo nada que decir; pero en cuanto á la forma de su manifestación, los Gobiernos y los legisladores no pueden hacerse indiferentes acerca de esto; y al ver de la manera que entonces estuvo el país, y el hecho de ser la prensa ahogada por el poder particular, tengo que arrojar un sarcasmo sobre ese decantado progreso. ¡Buen progreso es la fuerza bruta!

Pues entonces el correctivo de todas las leyes de imprenta de la Unión liberal es el garrote, y deba poner en ellas un artículo adicional que diga: que el que no pueda salir á su defensa por los medios legales, se le proporcionará otro medio, que es el de la fuerza. Permitted que os pregunte si ninguno de vosotros se atreverá á sostener la tesis contraria de la que yo propongo. ¿Queréis hacer necesario el duelo y volver á la Edad media, á la edad en que la Iglesia tenía que intervenir y fijar la tregua de Dios, y volvamos al barbarismo de los bosques de la Germania?

Habiendo salido de este período la Unión liberal, entré en el de la arbitrariedad. Yo no le seguiré en él; cuando se trate la cuestión de imprenta, vendrán esa multitud de hechos. Por ahora me limito á condenarlos todos. En el orden de mis ideas no entra la aprobación de ningún género de arbitrariedad; yo quiero la ley para todos, lo mismo para mis amigos que para mis adversarios.

Por lo demás, si entramos en la cuestión teórica, mis principios no necesito exponerlos: son los que expuso el Sr. Nocedal; nuestra fórmula es el sistema preventivo. Cuando esto se discuta diremos todo lo que se puede decir. Por ahora diré, resumiendo, que ese sistema es la expresión de la sabiduría concreta del gran pueblo del darwino entre los antiguos, el pueblo romano. *Melius est ab initio iura intacta servare, quam vulnerata causa remedium querere.*

Tirad cuanto queráis sobre esa piedra miliar de las etapas del entendimiento humano; en el campo del derecho siempre quedará como tipo de la prudencia y la sabiduría del pueblo romano y del sentimiento de caridad del pueblo cristiano que le sucedió.

Señor presidente, si V. S. tuviera la bondad de concederme algunos minutos de descanso, lo estimaría.

El Sr. PRESIDENTE: Etoy dispuesto á concederle á V. S. el tiempo que necesite.

El Sr. CLAROS: Diez minutos me bastan.

El Sr. PRESIDENTE: Se suspende la sesión por diez minutos.

Transcurridos estos diez minutos, digo:

El Sr. PRESIDENTE: El Sr. Claros continúa en el uso de la palabra.

El Sr. CLAROS: Continuando mi discurso, señor Presidente, voy á entrar en la cuestión de Italia, cuestión. como todos saben, cara, carísima para todos los que nos sentamos en estos bancos. En la situación en que está ya esta cuestión, es imposible que yo diga nada nuevo. Es un campo segado, en el cual no me es á mí permitido ni respirar. Haré pues otra cosa: siguiendo esta metáfora, y es que puesto que está hecha la siega, haré una especie de hacinamiento de sus haces: el resumen de lo que se ha dicho en pró y en contra del reconocimiento del reino de Italia. Seguiré, en una palabra, en esto un sistema muy contrario á la oratoria, un sistema puramente escolástico; porque yo creo, señores, que por esto, si nuevas discusiones perdían en interés, ganarían en fruto y en utilidad: porque ese sistema, por más que no sea el más agradable, es el mejor para llegar á la verdad. Por otra parte, puesto que el Sr. Posada Herrera, cuyo inmenso talento es aquí una autoridad, trajo el estilo escolástico, bien puedo traerlo yo para mi propósito.

Voy á presentar francamente toda la cuestión reconcentrada en siete argumentos y en siete sofismas; es decir, en siete argumentos defendiendo nuestras doctrinas, y en siete sofismas defendiendo las contrarias.

Para nosotros los letrados españoles el número siete es caro, siquiera porque ese es el número de las Partidas, del código inmortal á que concedemos nosotros tan alto interés. No es este el momento de que entremos á ocuparnos de las excelencias que al número siete concedía el buen Rey Don Alonso el Sábio. Diré solamente que para nosotros tiene cierta afinidad, y es que sólo somos siete los que hemos expuesto nuestras doctrinas en la enmienda sustentada por mi amigo el Sr. Nocedal. Afortunadamente tenemos un precedente que debe consolarnos. Según los anales cristianos el Ap6stol Santiago, cuando vino á este país, no convirtió más que á siete, después ya ve el Congreso que toda la España es católica; todos aquí somos eminentemente católicos.

Sin duda ninguna hay aquí algo de misticismo; pero puesto que tratamos de la cuestión de Italia, ese misticismo parece no ser inoportuno. En fin, empiezo por los argumentos y exhibo el primero, que yo llamaré de iniciación subrepticia de la cuestión. La cuestión había sido planteada por nosotros lealmente. ¿Cómo fué contestada el verano último por el señor ministro de Estado? Eso es lo que va á oír el Congreso.

Hé aquí la contestación que dió el señor ministro de Estado á nuestros discursos, tanto á los del señor Nocedal, mi amigo, como al mío y algunos que le dirigieron algunos señores del partido moderado:

El señor ministro de Estado (Bermúdez de Castro): Señores: no me proponía ni me propongo contestar ahora, contestar detenidamente al discurso del Sr. Catalina. Aguardaba á que todos los señores que

tienen pedida la palabra hubiesen usado de ella; aun aguardaba más: aguardaba á que todas las proposiciones sobre este mismo punto que se han presentado á la mesa hubiesen sido apoyadas por sus autores; á que hubiesen concluido todas las alusiones personales; á que hubiesen hablado todos los que se proponen hacerlo, para cerrar el debate y contestar de una vez.

Yo me atrevería á pedir á la mesa que en lugar de esta frase acerrar el debate, se enmendase diciendo: «cerrar el Congreso y darnos con la puerta en la cara.» ¿Vereis si tengo razón. Después de la sesión en que el Sr. Bermúdez de Castro pronunció esas palabras, al día siguiente vinimos, señores, aquí dispuestos á sostener nuestros principios los que defendíamos el no reconocimiento de Italia. Entonces el señor Zorrilla, persona autorizada de la Unión liberal, se levantó á pedir el recuo de los diputados que había en el salón, y no hallándose número suficiente, se levantó la sesión, y al siguiente día se cerró el Congreso. Esta fue la manera que el señor ministro de Estado tuvo de cerrar el debate y de contestar á los oradores que habían hablado.

En un exámen hecho por mí de estos hechos, he dicho que esto era un esquinazo parlamentario. ¿No os gusta la palabra? Pues decidme si os gusta el hecho; si es lícito en una cuestión tan grave, después de haber prometido solemnemente el señor ministro de Estado que contestaría á todo, á hacer lo que hizo. ¿Y vos vosotros los hombres de la discusión? Creo que más bien estamos autorizados para llamarnos los hijos de la oscuridad, puesto que buscáis las tinieblas aquí, y fuera de aquí dando orden á vuestros gobernadores para que impidieran que viniesen exposiciones contra el reconocimiento del reino de Italia. Por lo demás, yo creo que en este caso el Sr. Catalina puede tomar la palabra para continuar la contienda que tiene pendiente con el señor ministro de Estado sobre este punto. Por mi parte entraré á hacerlo hoy.

El argumento segundo es el que yo llamaré de completa improcedencia; es decir, la falta de motivo verdadero para el reconocimiento del reino de Italia. El reconocimiento de Italia tiene por base la unidad, y la unidad es una mentira. En esta parte, ahí están Saboya, Niza y el Véneto, probando que efectivamente es una mentira la unidad.

La unidad es también una quimera. Yo dije sobre este punto mucho, y no lo repetiré ahora porque he dicho que estoy resumiendo y nada más. Después de la respuesta de mi buen amigo el señor conde de Xiquena, que hizo sobre este particular indicaciones preciosas históricas; después de lo que se ha dicho por mi amigo el Sr. Nocedal, y de lo que han manifestado otros oradores que han hecho uso de la palabra tratando de esta cuestión, no me detendré yo en probar que la unidad de Italia es una mentira.

También es una solemnísima indiscreción, indigna á mi entender de los diplomáticos que están al frente de los negocios españoles, el reconocimiento del reino de Italia. Prescindiendo de la exposición de hechos presentada aquí por mi amigo el Sr. Nocedal en un discurso elocuenteísimo, que yo no reproduzco porque perdería mucho de su belleza en mis labios; prescindiendo de todo lo que sobre este punto se ha expuesto, os diré, señores, que á mi juicio la unidad de Italia es una cosa inconsecuente y dañosa para la España.

Nos amenza en este punto una gran revolución comercial: Mas ó menos pronto estará abierto el istmo de Suez.

Entonces, ¿qué inmensa revolución no se verificará en el mundo? El Asia y la Europa, que estaban por dentro así de espaldas, se mirarán frente á frente, y se tenderán las manos. ¿Cuán inmensa revolución comercial va á presentar el mundo! La frase vulgar entre nosotros de que al cabo de los años mil vuelven las aguas por do solian ir, será una magnífica paradoja: las aguas irán por donde no han ido nunca; pero volverá el comercio antiguo del mundo; no tendrá ya que dar el inmenso rodeo del Africa; no tendrá ya que pagar ese terrible tributo de las costas de Africa, ni ese terrible derecho de seguros que pagan los buques en el cabo de Buena Esperanza, cobrado por el gigante Adamastor. Entonces entre el Asia y la Europa serán íntimas y directas las relaciones, y el foco de ese comercio será la Italia, Génova, Venecia; todas sus ciudades litorales serán el centro de ese inmenso comercio. Añadid á todo eso la unidad y las condiciones privilegiadas de su posición y de su suelo, y vereis cuáles han de ser sus resultados respecto de nosotros. El Mediterráneo será el centro de las grandes luchas que sostenga siempre la humanidad; y si el reconocimiento de Italia surte los efectos unitarios que os proponéis, servirá justamente para producir nuestro achicamiento social y político en el mundo.

El tercer argumento es el que yo llamaré el de la negociación de nuestro principio de nacionalidad. Me acuerdo de que tanto el Sr. Nocedal como yo hemos expuesto aquí extensamente este argumento, y no quiero ahora repetir todo lo que hemos dicho sobre el particular. Yo os hice una exposición histórica que sería molesto repetir, concluyendo por hacer ver el magnífico paralelismo que había entre el Catolicismo y España, que comparó con las relaciones que median entre la luna y el sol. Esta verdad no ha sido impugnada por nadie; por consecuencia, si el señor ministro de Estado quiere contestar á este argumento, puede todavía hacerlo.

Sobre el sentimiento uno y otro nos hemos ocupado, cuanto cabía en nuestras fuerzas, para atraer el celo del Gobierno en favor de las ideas católicas: veo con dolor que en esta parte nuestros esfuerzos son estériles; por consiguiente, dejando el ministerio en la manera de sentir que tiene sobre el particular, nosotros nos apoyamos sobre la inmensa mayoría de la nación española, seguros de que todos piensan como nosotros.

El cuarto argumento es el que yo llamaré el retorcimiento. Puesto que el Sr. Posada Herrera trajo aquí con cierta gracia el *secundum quid* de los escolásticos, permitido me ha de ser el traer aquí este arma que indudablemente es magnífica; es lo que llamaríamos vulgarmente la vuelta de la oración por pasiva; es decir, que todos vuestros argumentos, suponiendo que sean favorabilísimos, se convierten justamente en contra vuestra. ¿Y cómo? De una manera muy sencilla: dice un proverbio que para componer bien es menester tener buena memoria, y la Unión liberal es olvidada de que ha estado cinco años en el Gobierno. Ahora bien: con esta arma en la mano vereis destruir todos vuestros argumentos.

Argumento de la insignificancia del reconocimiento

to: pues entonces, si es tan insignificante, ¿por qué no lo llevásteis á cabo en los cinco años que ocupásteis el poder? No se concibe vuestra tardanza.

Argumento de los intereses y sentimientos. Supongamos que estos sean los que dice el Sr. Mena y Zorrilla como miembro de la comisión: pues entonces, hombres de Estado, ¿por qué no los satisficisteis cuando estabais en el poder? Si efectivamente existían, debisteis desde luego satisfacerles en los cinco años que tuvisteis en vuestras manos las riendas del Estado.

La protección á Su Santidad. Pues entonces, si habéis sido siempre buenos católicos, ¿por qué no os apresurásteis á presentar á Su Santidad este homenaje de vuestro respeto al mismo tiempo que ese altísimo medio de protección.

Es una serie no interrumpida de contradicciones que no podéis salvar. En una palabra, hacindad todos los argumentos que os parezca; formad con ellos una torre igual á la de Babel que llegue hasta el cielo, y yo con esta palanca que he llamado del retraimiento, estando muy lejos de ser un Arquímides, tendré bastante fuerza para volcarla sobre vosotros y hacer que os abrumen y confundan.

El argumento quinto es el que yo llamo el de la negación sustancial del principio católico: este es el Aquiles de nuestros argumentos, el de la religiosidad de la cuestión. Pues bien: yo os digo que el reconocimiento de Italia es la negación del principio católico, porque es la negación del principio de autoridad.

El catolicismo no es más que el principio de autoridad; quitadle eso, y le confundís con la secta protestante y hacéis de él una cosa humana. Si Dios no está con su Iglesia; si todo en la Iglesia no se deriva de ese principio de autoridad; si esa autoridad no es infalible, entonces los Obispos son unos hombres como nosotros, sujetos á los mismos errores y debilidades. ¿Negais ese principio? Pues acabais enteramente con el principio de autoridad: los católicos no se cansarán nunca de repetir la palabra autoridad, autoridad, autoridad; toda la Iglesia católica se deriva de ese principio: las virtudes, la fe que la anima, la caridad que la sostiene, todo absolutamente tiene su raíz en el principio de autoridad. Muerto ese principio, estad seguros de que habéis muerto la Religión. Pues bien: el principio de autoridad se ha concentrado en sí mismo en esta ocasión, como ha expuesto mi amigo el Sr. Nocedal.

Lo que él ha dicho no lo repetiré yo. Si os servís contestar á este argumento, coged su discurso, ved sus palabras, ved la actitud del episcopado español, y contestad. Uno sola indicación haré que es importante. Al mismo tiempo que hacia la exposición de estas manifestaciones, hacia el Sr. Nocedal una brillantísima defensa de los Obispos españoles en esta cuestión.

Si yo fuera susceptible de envidia, la tendría de mi amigo el Sr. Nocedal. Afortunadamente entre mis muchos defectos no tengo este; le tendría, digo, por la brillante defensa que ha hecho de los Obispos españoles contra los que se han atrevido á censurar su falta de presencia en el Senado, y á los cuales se puede aplicar la expresión de un Ap6stol: que blasfeman lo que ignoran. Magnífica fué la defensa; yo no me atrevo de ninguna manera á emplearla. No hago más que confirmar lo que ha dicho mi amigo, y si confirmarlo solo me permitiré añadir las conocidas palabras de Tácito, aludiendo al funeral de un patricio romano en el cual dijo que las imágenes de Bruto y de Casio brillaban por su misma ausencia: *eo ipso in signiores quorum imagines eorum non visibatur.*

Violación radical del derecho. Consecuencia natural del anterior. No entraré en largas explicaciones sobre el derecho; voy á limitarme á tocar la cuestión de frente; voy á limitarme á decir que, atacado en su parte sustancial el principio católico, vino en seguida la violación radical del derecho, sobre todo en España, que es una nación católica por excelencia. El derecho ó principio católico no se funda más que en el dogma cristiano; por consiguiente, en cuanto se ataca al principio, concluye el derecho. Esto, señores, no podréis negarlo; podréis contestarme con sofismas más ó menos oportunos; pero no podréis destruir la verdad de lo que estoy diciendo.

Atacado el Catolicismo, atacado el principio católico, no hay derecho, no hay seguridad para nadie. No es menester para esto mucha filosofía; basta el instinto de las masas; el día que las masas vean que se puede robar al Papa sin que nadie se lo diga, conocerán que se puede robar á todo el mundo.

El día que vean que la Reina de España no está al abrigo de los insultos de la prensa, comprenderán que la hora de todo el mundo está á merced de cualquier audaz. Esta es una verdad innegable. Yo os acuso, señores, de que no habéis sabido comprender estas ideas. No soy amigo de levantar tempestades, pero debo decir que el que no sienta esta violación, esta falta absoluta del derecho se halla en la situación que decía el venerable Fr. Luis de Granada de los que vivían en el pecado: compáralos á los que, acostumbrados á vivir en lugares de mal olor, no sienten pena por eso.

Argumento sétimo. El darselo pretórico, como yo le llamo. Este argumento fué iniciado por mi amigo el señor Nocedal, como podía esperarse de su clara inteligencia. Yo le llamo derecho pretórico, y deseo conservarle ese nombre porque tiene esta denominación cierto carácter de actualidad.

En mi discurso de Julio manifesté que las grandes facultades legislativas de los pretores en Roma, dando lugar á disposiciones á veces infensas, produjo la ley de que toda determinación ó reglamento inventado por uno se le aplicase á él en su caso.

Pues bien, señores, decía yo: al instante que proclamais ese derecho, al instante el derecho revolucionario reflejará sobre vosotros la luz fatídica de sus horrores, y caerá sobre vosotros la irradiación del calor malfico que habéis alimentado. Si poneis en cuestión el poder del Pontífice, se pondrán en cuestión los derechos sagrados de la Reina de España. Hé aquí las breves palabras en que consigné este fatídico augurio:

«Pues bien, señores ministros de S. M., vosotros vais á poner á S. M., la Corona, á su augusta dinastía, bajo la influencia de este terrible principio. El día que reconozcáis el reino de Italia, no hay más remedio: *quod quisque juris in alterum statuerit, ut ipse eodem jure utatur.*»

¿Queréis saber, señores diputados, la significación del derecho pretórico? Pues bien: leed una proclama del general. Prim que anda en manos de todo el mundo; leed únicamente lo que dice al final de esa proclama: *¡Viva la libertad, vivan las Cortes Constituyentes!*



¡Yentes! Ese es el derecho pretorio; las Cortes Constituyentes. ¿Sabéis ya lo que es el derecho pretorio? El derecho pretorio, señores, es la pena del Talion, que ha estado siempre en el instinto de los pueblos, el ojo por ojo, diente por diente, que está escrito en el *Deuteronomio*; derecho pretorio es la amenaza de Dios que está pendiente sobre el Trono de S. M. Doña Isabel II y sobre el Ministerio. (Rumores).

El Sr. PRESIDENTE: Señor diputado, sírvase V. S. explicar esas palabras; S. M. la Reina es inviolable, y es preciso que V. S. dé satisfacción de esas palabras en este sitio.

El Sr. CLAROS: Señor presidente, he dicho que la proclama el general Prim...

El Sr. PRESIDENTE: V. S. no tiene derecho a interrumpir al presidente ni de erigirse aquí en órgano de la Divinidad para dirigir bajo esa fórmula una amenaza al Trono.

El Sr. CLAROS: He dicho que la amenaza está en la insurrección, y yo condeno esa amenaza.

El Sr. PRESIDENTE: No es la amenaza de la insurrección la que se trata; es de la que ha salido de los labios de S. S. dirigiéndose al Trono.

El Sr. CLAROS: Yo puedo decir mis ideas, buenas o malas.

El Sr. PRESIDENTE: V. S. cree poder decir muchas cosas que no debe; á lo cual, sin menoscabo del derecho de V. S., pone correctivo el presidente.

Haria V. S., por lo tanto, muy bien, y estaría en su lugar si retirase esas palabras, ya que hasta ahora no ha atendido á las observaciones que en este sentido le ha hecho el presidente.

El Sr. CLAROS: Lo que crea S. S. que puede herir al Trono de S. M., aunque á mí no me lo parezca así, lo retiro completamente.

El Sr. PRESIDENTE: Continúe V. S.

El Sr. CLAROS: He concluido los argumentos y paso á los sofismas. Como he reducido á siete los argumentos, pienso dejar también en siete los sofismas. Me dicen aquí los amigos que los individuos de la comisión son siete, y que por consiguiente corresponden uno á cada uno.

Ya sabéis que Bethan escribió un tratado de sofismas, algunos de los cuales me parecen buenas razones. Yo, como tengo tiempo, me propongo escribir otro tratado que llamaré sofismas liberales; pero á buena cuenta os presentaré alguno, y vosotros me diréis si son exactos.

Tengo para ello alguna autoridad. Me sucede lo que al hijo de Jacob, cuyo nombre llevo. «En mi juventud he morado en el Egipto: conozco bien los sacerdotes de Memphis, y creo que puedo revelar alguno de sus secretos.»

Empecemos. Primer sofisma, el que yo llamaré el del aislamiento. Ha sido el mismo argumento que nos presentó el año pasado el señor ministro de Estado, y se ha vuelto á repetir mil veces en una discusión. La primera contestación á este argumento creo que se ha dado por mí en una larga exposición que hice de la política de la Unión liberal, de la cual deducía yo que lo mejor que podía hacer era aislarse, y no comprometerse en lo que yo consideraba sus extravíos. Este argumento ha sido reforzado por el señor Moyano cuando decía que en teniendo la Unión liberal cuatro cuartos y cuatro buques declaraba la guerra á todo el mundo.

Otra contestación ha recibido el ministerio, que no ha sido dada por mí, pero que yo resumo y repito. Ya se la he dicho al ministerio: pues no solamente el aislamiento os convendría, sino que en todo caso es falso. ¿Quién deja de recibir vuestros embajadores? ¿Quién os trata mal? La contestación parece concluyente. Pero ¿sabéis, señores, cuál es la contestación mejor? Pues la de la última nota del general Lamarmora. Esta sí que prueba si el aislamiento era bueno ó malo.

Permitidme citar otras palabras de mi discurso pronunciado en el verano anterior. Decía yo entonces: «Por lo demás, resumiendo todo lo dicho, el gran argumento contra la cuestión de Italia se reduce á que en Italia está pura y simplemente la revolución. Señores ministros: vais á Italia en nombre de la revolución. Yo no os hago la injusticia de creer que vosotros vais como cómplices; pero vais como cómplices. Allí vais á presenciar un triste sacrificio; pero vosotros no vais más que á tener la cola de los cochinos; otros son los que han amado la obra de iniquidad. Pues bien, señores: á esa obra de iniquidad yo no puedo asociarme.»

Permitidme, señores, que me defenga un tanto en esta expresión, porque separadas las frases elegantes propias de la cortesía diplomática, se viene á decir á España, á su Gobierno: «aquí estáis de mas; no podéis asistir á la gran ceremonia; no habéis recibido todavía las órdenes correspondientes: sólo se os permite aquí como acólitos tocar las campanas y agitar el incensario.»

Señores, entonces también me permití una calificación respecto de los diplomáticos, la cual no tengo inconveniente repetir. «Pues ahora bien, yo os dije lo que voy á tener el honor de repetir:

«Pues ahora bien: yo os dije que tiemblo siempre que veo á mi país enlazado en las redes de la diplomacia europea. Nosotros hemos tenido grandes hombres en todos sentidos; nosotros hemos tenido grandes generales, grandes ingenios; pero grandes diplomáticos creo que no los hemos tenido jamás. Aquí hay personas que conocen la historia mucho mejor que yo, y les reto para que me desmientan. En diplomacia la España ha sido infelizmente constantemente; á nosotros nos han estado engañando constantemente todas las naciones, desde los cartagineses y los fenicios hasta los portugueses.»

Esto dije yo entonces: después de lo acontecido y de la nota de Lamarmora, me declaro impenitente y relapso. Siento que esto pueda alcanzar algo á mi estimado amigo el Sr. Mon; pero este será un motivo más para considerarse aludido y darnos á conocer sus epinomas en este importante asunto, y la verdad es que todo el mundo espera que eche en la balanza el peso de su opinión.

Segundo sofisma. Es el que yo llamaré la razón de la simonía, y si no gusta esta calificación, que os espante, lo llamaré, como escolástico, la petición de principio, ó como ahora se dice, la absoluta carencia de razón de ser. Digo porque la razón de ser de este reconocimiento está expresada en un párrafo del Gobierno y de la comisión por los intereses y sentimientos permanentes de España. Esto, como es sabido, es una completa falsedad. Ya sobre este punto se ha discutido mucho, y como yo no trato más que de resumir, resumo y digo que os sirvais contestar á lo que acerca de esto ha dicho ya mi amigo el Sr. Nocedal;

ya que en el párrafo de la comisión y del Gobierno se nos habla de eso, yo deseo que nos demostreis cuáles son esos intereses.

Yo os he probado ya que no podían ser intereses económicos; después se han hecho exposiciones magníficas y análisis, presentando los datos de que no existe ninguno de esos intereses ó motivos comerciales. Por consiguiente, probad que hay esos intereses y demostradnos qué intereses son esos, porque de otro modo seguiré diciendo que este sofisma es la razón de la simonía, una petición de principio, ó una carencia completa de razón de ser.

Sofisma tercero. Lo que yo llamaré las paradojas políticas ó contrasentidos diplomáticos. Este sofisma comprende varios; es una especie de capítulo de sofismas, entre ellos el de la seguridad del tratado de Seville, en que todo el mundo cree como en la seguridad de una casa que se está hundiendo.

Otra paradoja es la independencia política de una esclavadora geográfica.

Sobre esto os he dicho ya lo que me ha parecido conveniente en otra ocasión, en que para resumir una porción de ideas usé de la alegoría de una palangana. Echad, dije, agua en el fondo de vuestra palangana, dejando en el centro un pequeño redondel, símbolo de los Estados romanos, y estad seguros que cualquier movimiento, el aire sólo que entrase por una ventana, sería suficiente para juntar el agua y llenar el fondo. Después de esto, centenares de libros hay escritos sobre esto: recordados.

Meditad lo que acerca de este punto ha dicho el señor Nocedal, las indicaciones del Sr. Xiquena. Otra paradoja: la oportunidad inoportuna del reconocimiento de Italia. Sobre esto, considerado bien, ¿cómo ha de ser oportuno el reconocimiento de Italia en los momentos de mayor ahogo para el Pontífice? En otra ocasión pudo considerarse oportuno; pero hoy, lejos de ser oportuno, es completamente inoportuno. Por eso le llamo yo inoportuna oportunidad.

Otro sofisma: las decepciones diplomáticas. Sobre esto ya ha manifestado bastante mi amigo el señor Nocedal, y no tengo más que referirme á lo dicho por S. S. Ved lo que dijo sobre el reanudamiento de relaciones, sobre las protestas, sobre la supuesta aquiescencia de Su Santidad y sobre otra porción de cosas que merecen contestación y que hasta ahora no han sido contestadas por el señor ministro de Estado, al que ruego que conteste, no á mí, sino al Sr. Nocedal, que presentó con suma claridad todo lo referente á este capítulo.

Sofisma quinto, que yo llamaré el auxilio falso. Si pretendéis que reconociendo el reino de Italia se presta un servicio á Su Santidad y á su poder temporal, os recordaré una parábola que todos conocéis, que es la del Samaritano. Un hombre había sido asaltado por unos bandidos; le robaron, mataron á los que le acompañaban, y le dejaron mal herido en una situación lamentable.

En tal estado, y viendo pasar un viajero, reclamó su auxilio, y en vez de ayudarlo, le dijo lo que dicen los anglo-americanos cuando tropiezan con uno y le dejan caer en el suelo: ayúdame á tí mismo. Porque realmente esto es lo que se hace en este caso con circunstancias agravantes. El herido llama al viajero: le reconoce por su hijo; lo llama por su nombre, y le pide que le socorra ó que al menos le consuele. Pues el hijo querido se va con los malhechores, vive con ellos, da y recibe prendas de amistad, y aumenta así indefinidamente las amarguras del atribulado padre.

Ahora bien: el Gobierno quiere que esta sea la parábola del Samaritano; yo creo que este es el auxilio falso: elegid entre las dos versiones.

El sexto sofisma son los hechos consumados. Como estáis prevenidos contra mí, y cualquiera palabra mala, parece que no la recibiréis bien, me limitaré á decirnos palabras de Mr. Molé, que creo no habéis de rechazar. Dice Mr. Molé: no hay nada tan brutal como un hecho.

Y ahora, autorizado con las palabras de Mr. Molé, me permitiréis que os diga que el sofisma de los hechos consumados pertenece á lo que yo llamo sofismas brutales. Pero además de esa calificación hecha por autoridades que no rechazáis, y con las cuales he de cubrirme por si rechazais la mía, quiero leerlos la calificación que hace justamente de este sofisma de los hechos consumados un Prelado ilustre:

Pero aquí tenemos que no tan sólo el derecho, sino también el hecho, está solamente reprobado y condenado por el Soberano Pontífice: «Condenamos, ha dicho este, desaprobamos, rechazamos y abolimos todas y cada una de estos actos cometidos contra nuestro poder legítimo y sagrado, y contra el Principado de la Santa Sede...» «Condenamos, añade en otro lugar, y declaramos nulos é irritos, no solamente los hechos mencionados, sino todos los demás actos contra nuestro poder temporal, y el poder, la denominación y la jurisdicción de esta Santa Sede. Los que han contribuido con su consejo ó su adhesión á los actos de que queda hecho mérito han incurrido en las censuras y en las penas eclesiásticas que dejamos consignadas.»

«Juzgue ahora V. M. si una Reina y una nación católica pueden reconocer esos hechos; si pueden entrar en tratos y negociaciones con personas tan solemnemente separadas de la comunión de los fieles, y si esta gravísima pena no alcanzará á los que de cualquier manera que sea se adhieren á esos iníquos hechos.»

Ahora bien, señores: combatiendo este sofisma de los hechos consumados, os diré que todos los delitos son hechos consumados. Es más: os diré que precisamente para que sean delitos necesitan ser hechos consumados, porque toda buena teoría de derecho penal á los hechos criminales no consumados los llama tentativas. De aquí se deduce que en la consumación de los hechos está, si cabe esta fórmula, la consagración de los delitos.

La teoría cristiana en esta parte es incontestable: es preciso que vengan los escándalos; pero ¡ay de aquellos por quienes los escándalos vienen! No se me citen pues los escándalos de Italia, porque yo los rechazo en nombre de toda clase de principios. Esos escándalos vendrán, como dice la Escritura, sobre los que los han consumado, y no deben ser nunca razón para que un Gobierno que ama la justicia reconozca el reino de Italia fundándose en el sofisma de los hechos consumados.

Llevando hasta las últimas consecuencias la teoría de los hechos consumados, es hubiérais asociado al Gobierno de Dilección, que consideró como un hecho consumado la conclusión del Cristianismo, y lo consignó así después de una horrible persecución en lápidas monumentales.

El Apocalipsis nos dice que el Antecristo alcanzará inmenso poder y que prevalecerá sobre la tierra. Admitid la teoría de los hechos consumados, y estamos en el caso de irnos, si viene, con el Antecristo.

Yo digo, pues, que el sofisma de los hechos consumados no puede aceptarse como razón para llevar á cabo á disculpar el reconocimiento del reino de Italia.

El último sofisma es el de la justicia de los números, ó lo que es lo mismo, la ley de las mayorías. ¿Sabéis por de pronto lo que es ese principio? Pues es la proposición condenada terminantemente en la proposición 70 de la Encíclica.

Examinadlo más detenidamente, y vereis que es el sufragio universal, la ciega voluntad humana, la fuerza brutal. No invoquéis, pues, el testimonio de los pueblos reconocedores del reino de Italia.

Esos argumentos no corresponden á una nación generosa que no ha tenido nunca más teoría que la del derecho y que no ha considerado como legítimos los hechos consumados.

El mundo entero reconoció á Napoleón, y nosotros nos lanzamos á la lucha, y repitiendo nuestro célebre no importa, Me dicen aquí que lo reconocieron los Gobiernos: sea de esto lo que fuere, la nación española no lo reconoció.

Invocan la autoridad que estaba al frente de España. Entonces lo que significaba la autoridad que mandaba en España era el principio anticatólico, y ese no puede ser señalado como un precedente aceptable. El hecho es que reconoció Napoleón por todo el mundo, fué combatido noble y generosamente por España, que le arrojó de nuestro suelo, luchó con él, y triunfó; y que esta es la conducta que yo tengo la honra de proponer al Gobierno en esta cuestión, acéptela ó no la acepte.

Señores: voy á concluir, porque mi discurso se refiere á la totalidad, con la cuestión de economías. En esta parte será breve, porque ya ha sido tratada por otros oradores. Esta cuestión, aunque pequeña en sí misma, es grande por la situación en que se encuentra el país: es una cuestión de vida y muerte. Así como se dice por la sentencia divina, el hombre no vive sólo del pan, es indudable que necesita el pan para vivir; por consiguiente están perfectamente en su lugar los esfuerzos de aquellos señores que ha acudido bizarramente el Sr. Moyano para introducir en los presupuestos el principio de las economías. Yo apruebo completamente el espíritu que ha presidido á la enmienda del Sr. Moyano; no entro en pormenores, porque no es necesario; bástame decir, que yo acepto cordialmente el espíritu que ha presidido á la enmienda de S. S. y la manera con que la ha explicado.

Después ha seguido el Sr. Nocedal, que ha levantado más esta cuestión: no ha hablado solamente de esa necesidad de economías que todos sentimos y que al parecer tendrá muchos sucesos, sino que ha elevado la cuestión económica á la altura, por decirlo así, de una cuestión social. Bajo este aspecto debía ser tratada, y espero que lo será en alguna otra ocasión. Como he dicho otra vez, la nación necesita una gran reforma: la cuestión está en determinar por dónde se ha de principiar; pero yo creo que tenemos que ir á ella y no muy tarde.

La cuestión económica se puede concentrar en dos cuestiones: la que yo llamaré financiera y la que llamaré económico-social. En cuanto á la cuestión financiera, la ha expuesto muy bien el Sr. Nocedal. Todos vuestros esfuerzos en favor de las economías serán inútiles mientras no lleguéis al radicalismo de nuestros principios. El mal de la falta de economías está en el liberalismo.

El liberalismo, que es una mentira en casi todas las cosas, es una inmensa verdad en punto á prodigalidad ruinosa. Parece que tiene por regla de conducta una sentencia de mi país, según la cual, está maldito por el espíritu malo el que es corto con la hacienda ajena. Lo que ha sucedido en Francia, todos lo sabéis: lo que ha sucedido en España, el Sr. Moyano lo dijo el otro día: lo que está sucediendo en las demás naciones también consta de otro estado presentado por el señor ministro de Hacienda en este sitio: millones y millones de tales y cuales naciones, y después por suma un horror de millones. ¿Cuál es el correctivo que debe oponerse á ese mal? El correctivo es la variación de principios, porque ya no habéis de buscar solamente la materialidad de las reformas parlamentarias; habéis de entrar en otro camino, en otro terreno más hondo, en el espíritu cristiano.

Dando á la sociedad una evolución exagerada é inconveniente en todo lo que se refiere á la riqueza social, incurriremos en el positivismo: correctivo de eso, sustituir el espíritu cristiano al que yo llamaré liberalismo; sustituir el espíritu de orden, de sobriedad, de moderación, de amor al trabajo, al espíritu de desorden, de despilfarro, de empleomanía y de horror al trabajo. Cambiad completamente este sistema, y tendréis economías. ¿No le cambiáis? Pues no las tendréis; no puede ser.

Además de esta síntesis, que yo he llamado financiera, la cuestión de Hacienda tiene otra que yo llamaré económico-social. Pues ¿sabéis en esta parte cuáles son los efectos del liberalismo? Yo no os diré mi opinión; os diré la de un amigo mío, un verdadero liberal que ya no existe, y por lo cual y el haber sido uno de los más ilustres campeones de la Unión liberal, hasta el punto de haber figurado como uno de sus ministros, debe tener una gran autoridad para vosotros: el Sr. Pastor Díaz.

Pues bien: ese querido amigo mío, cuando hablábamos al amor de la lumbre y no estaba ligado á esas consideraciones y compromisos que crea la política, me hablaba con franqueza, y he aquí la fórmula en que exponía el liberalismo respecto á sus efectos en la esfera social. Decía que el liberalismo había tenido tres etapas. En la primera quiso que todos los hombres fueran libres, y decía con razón: «es difícil, tiene, pero en fin no es imposible.» Y tan no es imposible, señores, que ahí tenemos á los diputados navarros y vascongados, y nos dirán que los naturales de su país tienen probado que quieren y son libres en la buena acepción de la palabra, hace muchos siglos.

La segunda etapa fué en la que todos los hombres quisieron ser nobles é iguales. También los vascongados tienen demostrada la posibilidad de esa condición, puesto que de muy antiguo vienen declarando esa nobleza á todos los ciudadanos.

Pero en la tercera etapa quiso que todos los hombres fuesen igualmente ricos, y esa es la gran dificultad. Ya os lo dije; la opinión no es mía; es de un hombre de talento nada sospechoso para vosotros. Y no

digais que esta no es una verdadera aspiración. Barbares ha dicho que las riquezas debían ser como el aire y el agua, comunes á todo el mundo; y si decís que Barbés es un revolucionario vulgar é insensato, os diré que ahí tenemos tratados filosóficos: escritos por hombres de gran talento y gran ciencia, en que se sostiene esa tesis.

Pues bien: yo os digo que mientras no conciliáis con ese foco, ese tiempo perdido; las economías no vendrán, y esta es la causa del mal que nos aqueja. En esto acaso difiera algo de mi amigo el Sr. Nocedal: no diré yo que las clases inferiores están hoy peor que antes; en esto me hallo más cerca de mi amigo el Sr. Mena y Zorrilla; pero la cuestión es que las clases han sido excitadas por el liberalismo y no quieren seguir la ley de la templanza en ninguna de las esferas sociales.

Mientras no se resuelva el problema por la moderación, por el orden, por la abnegación, lo mismo serán las clases medias que las demás. ¿No hay, por ventura, grandes capitalistas muchas veces arruinados, grandes propietarios concursados? Pues lo mismo sucederá en las clases medias, mientras el espíritu no se varíe; entonces la reforma se hará por sí sola, de otra manera es imposible.

Y bien: ¿cuál puede ser el remedio de todos estos males? E' remedio lo ha indicado mi amigo el señor Nocedal; el remedio no puede ser más que la sustitución del Catolicismo, la sustitución del espíritu del Catolicismo al espíritu liberal, y esto lo tenéis concentrado en los males que expuso el Sr. Nocedal, esto es, en el parlamentarismo; y si lo queréis más claro, en el burocratismo; y si lo queréis más claro aun, en el militarismo. Estos poderes serán todo lo que vosotros queráis; pero no son ni económicos ni buenos para gobernar.

Mientras no pongais este remedio, todo está perdido, hareis lo que hacéis siempre; vendrá un Congreso, y otro, y otro, y no hará más que aumentar la laguna social. ¿Qué es menester, pues? Sustituir aquí á eso que se ha llamado prácticas parlamentarias, el verdadero Gobierno representativo: imitad al Gobierno inglés; no digo que adoptéis precisamente esas instituciones; copiarlas exactamente es imposible; pero el que las acomodeis, que las pongais en consonancia con las condiciones especiales del país. Lo más contrario á este Gobierno es el burocratismo y el militarismo; yo quiero que los empleados cumplan con su deber en la sociedad; quiero que los soldados cumplan con sus deberes en los cuarteles; pero que no se presente ese síntoma constante de la dominación militar que indica carencia de ideas políticas.

Este suceso de que en mi país estén representados todos los partidos por un jefe militar, indica una situación de fuerza, y mientras no desaparezca esa situación de fuerza, es tiempo perdido todo lo que habéis de economías; el Gobierno que está ahí sabrá hacerlas, querrá hacerlas; pero no puede hacerlas. No creo yo que no tenga la buena intención de hacerlas; pero no le es posible.

Ya os he dicho el señor duque de Tetuan que no quiere esa reorganización del ejército; pero yo estoy en este punto con el Sr. Nocedal, estoy con el señor Moyano, y en mi entender con el país entero.

Quiero la reorganización del ejército en un sentido económico, en un sentido político, y en un sentido moral: yo creo que esa reorganización es una necesidad inmensa, pero una necesidad que no puede satisfacer el ministerio actual, y por eso principalmente me opongo á su política.

¿Queréis que diga mi última palabra sobre este particular? Pues bien: la diré. Entre los amigos cuya muerte deploro, no es sólo el Sr. Pastor Díaz, se cuenta también el Sr. Pacheco. Ya veis que puede ser autoridad para cualquiera de vosotros.

Cabalmente no le vi cuando estubo aquí y murió, más que dos noches antes ó la noche antes de su muerte; teníamos una conferencia sobre cosas políticas con otros personajes liberales; se discutía con toda amplitud, y fijándose en la libertad de imprenta el Sr. Pacheco dijo estas terminantes palabras, hasta cierto punto en apoyo mío, combatido por los otros personajes liberales que terciaban en la cuestión: «Señores, la libertad de imprenta no puede continuar como está, necesita una urgente y radical reforma; yo no puedo hacerla porque no tengo autoridad para ello; pero es menester que otros la hagan.» Pues estas palabras que dijo tan modestamente de sí el Sr. Pacheco creo que son aplicables al ministerio actual. No tengo más que decir.

Segun los diarios de Lisboa que hoy nos llegan, es positivo que el general Prim resolvió partir para Londres el jueves próximo.

La marquesa de los Castillejos marcha también á Inglaterra.

Segun parte del gobernador superior civil de las islas Filipinas, transmitido telegráficamente por el cónsul de España en Marsella, á la fecha de 7 de Enero próximo pasará no ocurría novedad alguna en aquel Archipiélago.

Por el *Boletín eclesiástico* del Arzobispado de Zaragoza se anuncian las oposiciones para los benéficos curados siguientes:

De término.—La Seo de Zaragoza.—San Pablo de idem.—Santa Cruz de id.—Santiago id. de Caspe.

De segundo ascenso.—Alloza.—Andona.—O'alla.—Mazaleón.—Quinto.

De primer ascenso.—Belmonte.—Castejon de Valdepara.—Collados.—Jirque.—Movera.—Villar del Sax.—Vallaroya de los Pinares.

De entrada.—Abeñigo.—Alcalá de Ebro.—Alforque.—Almocheil.—Alueva.—Ariño.—Armillas.—Codo.—Cosa.—Bardallur.—Alpartir.—Cuerlas.—Fon-Calauda.—Galicanta.—Jaganta.—Lagata.—Lanada.—Lizoma.—Lecina.—Letry.—Mas del Labrador.—Mozalbarba.—Nigüella.—Nombrevilla.—Oljon.—Portarubio.—Torralva de los Frailes.—Torrevelilla.—Villanueva del Rebollar.

El excelentísimo é ilustrísimo señor Obispo de Barcelona predicó el domingo último en la iglesia catedral de su diócesis la primera de las homilias de esta cuaresma. Las noticias que dan los periódicos de Barcelona nos hacen creer que no serán menos notables las homilias del presente año que las del año anterior, que tanto y tan justamente llamaron la atención.

## PARTE RELIGIOSA.

SANTO DE HOY. San Baldomero, confesor.  
SANTOS DE MAÑANA. San Roman, abad, y San Macario y compañeros mártires.  
CULTOS.

Se gana el Jubileo de Cuarenta Horas en la iglesia del Colegio de Nuestra Señora de Loreto, calle de Atocha, donde por la mañana se hará función á Nuestra Señora de las Tres Necesidades, predicando en la Misa mayor don Pío Hernandez Fraile, y por la tarde habrá ejercicios con sermon, que predicará D. Pedro Regalado Ruiz, terminando con el *Miserere* al Santísimo Cristo de la Obediencia.

Continúan celebrándose las Misiones por la tarde en las monjas de San Páscido, y al anochecer en San Luis y en San Martín.

Por la noche habrá ejercicios con sermon, que predicarán: en Santa Cruz D. Manuel Gaspar, en el colegio de los Doctrinos D. Castor Compañía, en la bóveda de San Ginés D. José Losada, en Monserrat el señor Rector, en Italianos D. Raimundo Carrillo, y en el Caballero de Gracia D. Juan Barbere.

VISITA DE LA CÔRTE DE MARIA.—Nuestra Señora de la Misericordia en San Sebastian, la del Favor en San Cayetano, ó la del Henar en Santa Catalina de los Donados.

Se reza de San Hilario, Obispo y confesor, con rito doble y color blanco, haciéndose conmemoración de la Feria.

## PARTE OFICIAL DE LA GACETA.

## PRESIDENCIA DEL CONSEJO DE MINISTROS.

S. M. la Reina nuestra señora (Q. D. G.) y su augusta Real familia, continúan en esta corte sin novedad en su importante salud.

## ULTIMA HORA.

## SENADO.

El Sr. Gonzalez Elipse ha suplicado al Gobierno que trajese las diligencias que se habían instruido con motivo de los sucesos del 10 de Abril.

El señor ministro de la Gobernación ha contestado que en sus dependencias no se habían instruido ningunas, pero que creía que si se había hecho por el ministerio de la Guerra, y que si el ministro de este ramo no tenía inconveniente se traieran.

Después ha empezado la discusión sobre la totalidad del proyecto de reforma de la ley de imprenta, y lo combate el Sr. Pastor en un largo discurso.

## FONDOS PUBLICOS.

	CAMBIO AL COTA JO.	
	Publicado.	No publicado.
Títulos del 3 p. de consorcio.	38-45	» »
Inscripciones en el Gran Libro al 3 p. de id.	» »	» »
Títulos del 3 p. de id.	35-45	» »
Inscripciones en el Gran Libro.	» »	» »
Material del Tesoro preterito con intereses.	» »	» »
Idem no preferente, con intereses.	» »	» »
Idem sin intereses.	» »	» »
Participes legos convertibles á 3 p. de id.	» »	» »
Idem del 4 y 5 por 100.	» »	» »
Deuda amortizable de primera clase.	» »	» »
Idem amortizable de segunda idem.	» »	» »
Deuda del personal.	» »	» »
Billetes hipotecarios del Banco de España, de 2000 rs. con 6 por 100 de interés anual.	89-00	» »

ACCIONES DE CARRETERAS GENERALES, 3 p. de ANUAL	
Emission de 1.º de Abril de 1860, de 4 000 rs.	84-50 »
Idem de 4 200 rs.	86-00 »
Idem de 1.º de Junio de 1861, de 4 200 rs.	85-00 d
Idem de 31 de Agosto de 1862, de 4 200 rs.	80-50 »
Idem de 9 de Marzo de 1865, procedente de la de 13 de Agosto de 1862, de 4 200 rs.	» »
Idem 1.º de Julio de 1866 de 4 200 rs.	» »
Acciones de Obras públicas de 1.º de Julio de 1866.	84-00 »
Del Canal de Isabel II, de 1000 rs. 80 p. anual Obligaciones del Estado para subvenciones de ferrocarriles.	74-90 »
Acciones del Banco de España.	117-00 p

PRECIOS DE GRANOS EN EL MERCADO DE AYER.

Trigo. . . . . de » á 42 Rs. vs.

Cebada. . . . . de » á 23 id.

Algarroba. . . . . de » á 22 id.

## ANUNCIOS.

## CUADROS DOLOROSOS

O serie de reflexiones sobre cada uno de los principales dolores de María Santísima.

Obra útil á toda clase de personas piadosas y muy especialmente á los oradores sagrados, por D. Gregorio de Diego y Megia, Pres. Italo.

Se vende á 10 rs. en las librerías de Olamendi, calle de la Paz; Aguado, Pontejos; Hernando, Arenal, y en casa del autor, Rio, 6, tercero.

Se remite á provincias mandando su importe en libranza ó 22 sellos de cuatro cuartos. (2. g.)

Editor responsable, DON MANUEL DE TOMAS.

Imprenta de Tejado, Silva, 47 y 49 bajo.